

NO SOMOS DIOSES

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

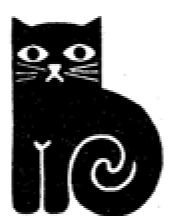


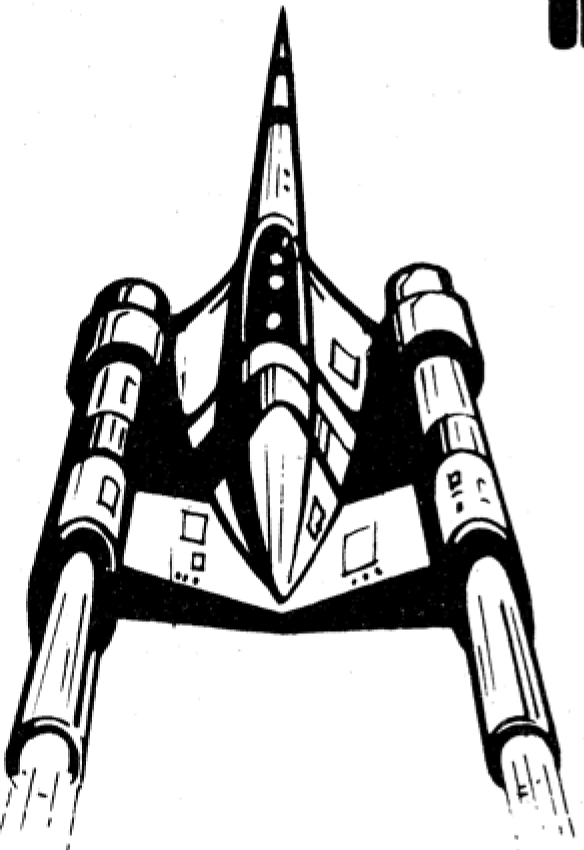
NO SOMOS DIOSES

Ralph Barby

CIENCIA FICCION







La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCION

605 — *Los robots no son humanos*, Glenn Parrish

606 — *El Signo de Quemyiseth*, Kelltom McIntire

607 — *Homo rex,* Glenn Parrish

608 — *Súbdito de las tinieblas*, Kelltom Mclntire.

609 — *El enigma de Yamarai,* Kelltom Mclntire.

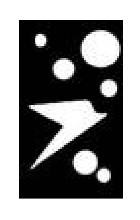
RALPH BARBY

NO SOMOS DIOSES

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 610

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B5792-1982

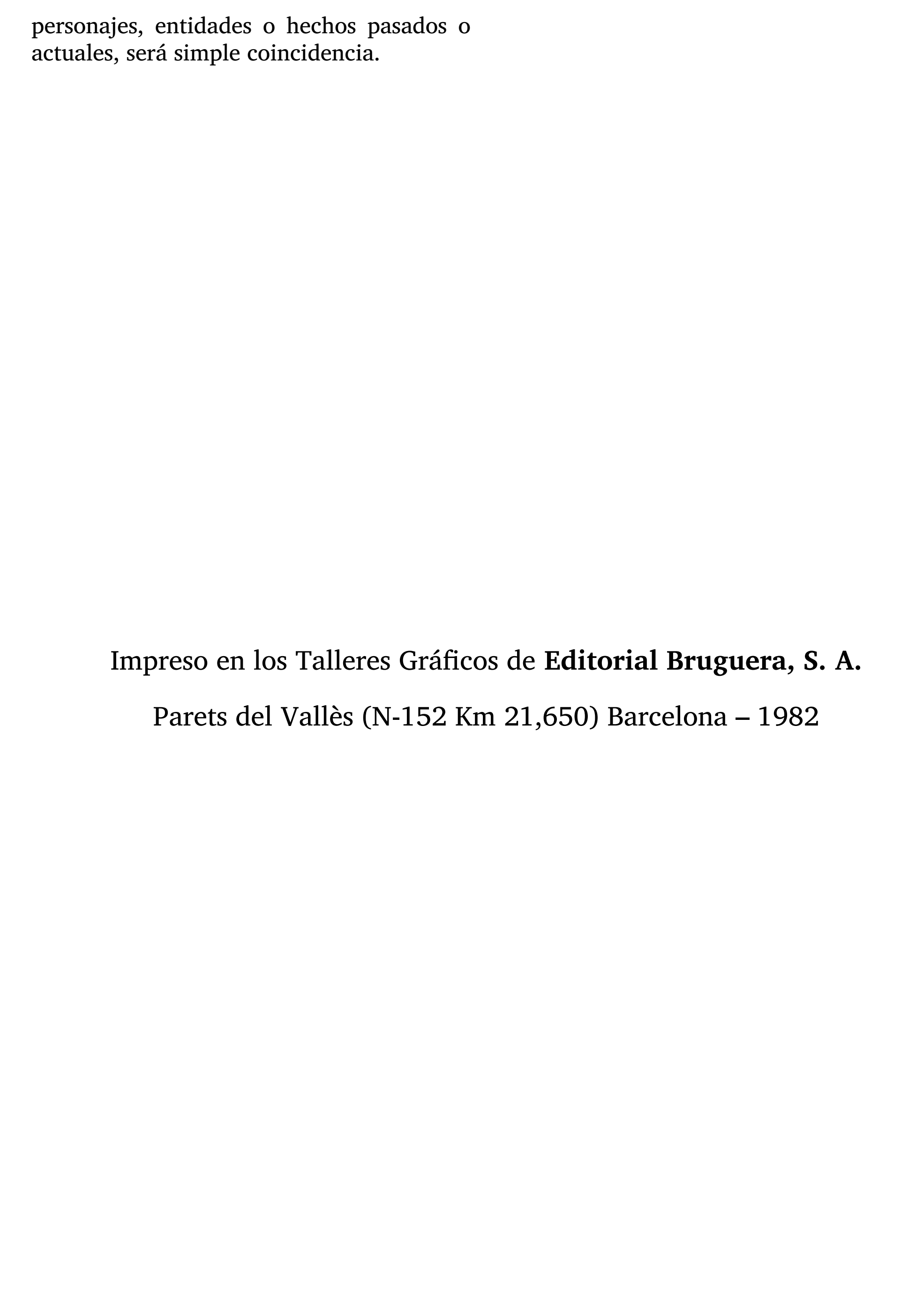
Impreso en España - Printed in Spain

l.ª edición: abril, 1982

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con


personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

La doctora Inge miró con recelo la caja que tenía delante, sobre su mesa despacho, en la que relucían docenas de teclas y ruedas de mando con dos pequeñas pantallas de recepción de datos y otra intervideofónica que le servía para comunicarse.

La caja era de material plástico y tenía un círculo de color más brillante que el resto.

La doctora Inge acercó la yema de su dedo índice y la colocó sobre aquel círculo. Apenas acababa de retirarla cuando sonó un pitido.

La caja se abrió primero por la tapa superior y, después, por los cuatro costados, automáticamente. Apareció otra caja, ésta de material transparente, dentro de la cual había un animal que la doctora Inge identificó de inmediato.

—¡Un gato vespuciano!

El gato vespuciano era un animal rarísimo dentro del sistema solar controlado por la Confederación Terrícola.

Aquel felino tenía el pelaje de color dorado, con orejas rojo oscuro lo mismo que el hocico y la mitad final de su cola, que era corta.

Sus ojos, de un color púrpura fosforescente, brillaban en la oscuridad. Se parecía a un gato siamés terrestre pero teñido en oro brillante.

La caja tenía su propio cartucho de aire. El animal se hallaba en estado letárgico pero despertó al abrirse la caja. Cuando su cárcel transparente se abrió por completo, el animal salió despacio, medio dormido aún, desperezándose.

Instintivamente, la doctora Inge alargó su mano y le acarició la cabeza y el lomo. Al gato, todavía cachorro, le gustó la caricia y participó de ella oprimiendo el espinazo contra la propia mano amiga. Luego maulló ligeramente.

—Gatito, ¿cómo te voy a llamar? —se preguntó para sí la sorprendida doctora Inge.

—Llámale Goliath —propuso Gisela.

La doctora Inge no volvió la cabeza hacia su alta y esbelta ayudante, una mujer joven e inteligente preparada para la investigación de la biología cósmica.

—Goliath me parece bien, claro está que sólo es un cachorro y tiene que crecer, ya veremos hasta que tamaño.

—¿Crees que puede ser un gato de genética de laboratorio?

—No lo creo. Lo investigaré, pero en los vespucianos, la genética de laboratorio no está conseguida y lo cierto es que científicamente no se comprende por qué.

—Hemos averiguado que sus células no tienen nada que ver con las células del resto de los animales conocidos en la Tierra y en los planetas biológicamente vivos descubiertos por la Confederación Terrícola.

—Sí, son células de estructura morfológica cambiante, lo cual es un misterio completo. No sólo se trata de un animal hermoso emparentado con los *felis catus* terrícolas por su morfología, sino que además son en sí mismos un apasionante misterio para la biología.

—Creo que es el mejor regalo que podía recibir la más eminente científica de la biología cósmica.

—No te excedas, Gisela —dijo la doctora Inge, al borde del sonrojo.

—No me excedo. Los premios que usted ha recibido así lo acreditan y yo me siento muy orgullosa de ser su ayudante.

—Basta, Gisela, tú no eres mi ayudante sino mi colaboradora.

—Que más quisiera yo. Estar a su lado en las investigaciones es una suerte para mí, una suerte que codician otros científicos. A su lado se está aprendiendo constantemente.

—Por favor, Gisela, si sigues halagándome así tendré que buscar otra colaboradora.

—No, por favor.

Se acercó al gato y, al tratar de acariciarle la cabeza, el felino vespuciano le mostró sus agudos colmillos.

—Cuidado, no te vaya a morder.

—Parece que sólo se siente bien con usted, doctora Inge.

La doctora, halagada también por aquellas palabras, acarició la cabeza del animal y éste semicerró los ojos como demostrándole que aceptaba sus caricias con sumo placer.

—¿Crees que será inteligente, Gisela?

—Dicen que los gatos vespucianos son más inteligentes que los terrícolas, aunque se sabe muy poco sobre ellos por los rarísimos ejemplares que se han encontrado.

—Poquísimos y enfermos o muertos. Los pocos ejemplares que se poseen están disecados o conservados a bajas temperaturas, criogenizados.

—¿Y quién ha podido regalárselo? —preguntó Gisela.

La doctora Inge volvió a acariciar la cabeza del gato vespuciano y respondió:

—Xomik.

—¿Quién es Xomik? No conozco a ningún científico eminente que se llame así.

—No es un científico.

—Entonces, ¿quién es?

—Un mecenas, posiblemente. Por favor, ve a buscar leche higienizada para Goliath.

Gisela fue al armario frigorífico y llenó un tazón de leche. Antes de regresar junto a la doctora Inge, vació el contenido de dos ampolletas en la leche y la agitó después.

Regresó a la mesa en que se hallaba el cachorro de gato vespusiano y le acercó el tazón.

—Parece que no tiene hambre o quizás no le gusta la leche —opinó Gisela al ver que el pequeño animal dorado apartaba la cabeza en señal de rechazo.

—Ignoro cuánto tiempo ha pasado dentro de la jaula-paquete, pero debería comer, a menos que actúe algún sedante en su sistema nervioso.

La doctora Inge acercó la leche al animal. Este miró a la mujer con sus ojos púrpura y luego se inclinó sobre el tazón. Comenzó a beber ayudándose con su lengua de un color rojo intenso.

—Fíjate, Gisela. Lo que parece gustarle a Goliath es que le dé la leche; por lo visto se aviene mucho conmigo; me ha adoptado de inmediato como su tutora.

—A mí me parece un gato muy mimado.

—Vamos, Gisela, no le llames simplemente gato, es un *felis catus* vespuciano.

—Es un gato.

Como si captara la sensación de reprimenda, casi de desprecio en las palabras de Gisela, el animal levantó la cabeza y la miró fijamente con sus ojos púrpura, lo que hizo exclamar a la doctora Inge, casi riéndose:

—Goliath es un poco especial.

—Sí, parece que escoge muy bien a su ama.

—Y me ha elegido a mí.

—Veremos si consigo hacerme amiga suya —dijo Gisela.

—Ah, busca plazas.

—¿Plazas, para qué?

—Vamos a viajar hacia el planeta Kramon.

—¿Kramon?

—Sí, eso he dicho.

—¿Y dónde está ese planeta?

—En el sistema estelar de Auria.

—Sigo sin saber dónde está.

—¿Conoces todos los planetas descubiertos y sistemas estelares?

—No, no los conozco todos, por supuesto —replicó Gisela, un tanto molesta por la forma en que acababa de hablarle la doctora Inge.

—Busca una cosmonave que viaje en esa dirección. Si tú no quieres acompañarme iré sola, no importa, o me buscaré un ayudante androide de cerebro biónico, son bastante útiles.

—La voy a acompañar, claro que si no desea que viaje…

—Oh, sí, claro, tú eres una excelente doctora en ingeniería biogenética. Tú sola estás capacitada para llevar adelante mi laboratorio. Por cierto, en el viaje llevaré mi laboratorio transportable, tenlo en cuenta para cuando encuentres una cosmonave que nos lleve al planeta Kramon.

—Bien, buscaré. No sabía que fuera urgente este viaje. ¿Se trata de iniciar una investigación?

—Es posible.

—¿Secreta?

—Es posible.

—Está muy misteriosa, doctora, Inge.

—Goliath, qué hermoso eres —exclamó la doctora Inge acariciando al gato sin hacer caso de las observaciones de su ayudante Gisela.

Pensando que la doctora Inge se traía algún secreto que todavía no quería revelar ni a su mismísima ayudante, Gisela se alejó preocupada.

Lo primero que haría sería sentarse frente a la terminal de datos y preguntar:

—¿Dónde está el sistema estelar Auria?

La pantalla de televisión respondió:

«A ciento veintitrés millones de spaces.»

Gisela silbó, entre admirada y asustada de la enorme distancia. La terminal siguió ofreciendo datos.

«Estrella de magnitud media. Quince planetas componen su sistema, numerados y nominados por A.P.1 hasta el A.P.15. Se conoce poco sobre ellos. Ningún ser humano terrícola ha reportado al gobierno de la Confederación el haber puesto el pie en ninguno de los quince planetas.»

—Más datos —pidió Gisela.

«No hay más datos, no hay más datos,» replicó la terminal informativa.

Gisela quedó preocupada unos instantes y luego optó por teclear de nuevo en la terminal exigiendo más información.

—Datos sobre el humano Xomik.

No tardó en aparecer la respuesta escrita en pantalla. «No hay datos sobre Xomik, no hay datos sobre Xomik. Desconocido, desconocido.»

—Qué raro —se dijo la muchacha.— Yo tampoco había oído hablar jamás de él. ¿Dónde lo habrá conocido la doctora Inge? ¿Será un científico que investiga en la clandestinidad, habrá sido expulsado de la Confederación o de algún otro sistema socio-político? En fin, si llegamos a ese planeta llamado Kramon terminaré por saberlo. Lo que no entiendo es por qué la doctora Inge le llama Kramon si sólo están denominados por letras y números. La letra «A» significa estrella Auria y la «P», planeta del sistema, esto es A.P. y luego, el número correspondiente según la órbita en que se halle, comenzando de menor a mayor. ¿De dónde habrá sacado la doctora Inge el nombre de Kramon?

CAPITULO II

—Atención, atención, aquí Ciril... Treinta segundos para el desanclaje.

—Aquí centro de recepción factoría orbital Nueve. Listos para recibir el macrocontainer cósmico.

—Doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno... ¡fuera!

Bien acomodado en su butaca anatómica, Ciril, comandante y propietario de la cosmonave Ferm 11-9, hundió el teclado de órdenes para el desanclaje. Los ganchos hiper-electromagnéticos soltaron el enorme container cargado con millones de toneladas de mineral.

La cosmonave Ferm11-9 soltó el gigantesco contenedor a pocos centímetros de la plataforma de recepción de la factoría orbital Nueve.

De inmediato surgieron de la plataforma unos tubos telescópicos con cabezas hiper-electromagnéticas que se pegaron con fuerza a la base del macro-container y lo atraparon.

Los tubos telescópicos retrocedieron hasta pegar el contenedor a la plataforma. De esta manera quedaba fijado y listo para comenzar a extraer los millones de toneladas de mineral de silicratina que, elaborado y transformado adecuadamente en aquella factoría espacial, servía para construir los durísimos cascos de las cosmonaves.

—Maniobra completada —dijeron desde la factoría.

—De acuerdo —respondió Ciril — Hasta el próximo viaje.

—Ah, oye, Ciril, en el satélite Break hay nuevos espectáculos y no son en videos tridimensionales sino en carne y hueso.

—Gracias por el aviso, allá vamos. Hay que estirar un poco las piernas y...

—Y lo que no es pierna, también. ¡Suerte! —deseó el jefe de recepción de la factoría Nueve.

La cosmonave Ferm 11-9 se deslizó por encima de la gigantesca factoría espacial hasta dejarla atrás y saltar al espacio. Cambió de órbita, aproximándose hacia el planeta Tierra hasta coger la órbita del satélite Break.

El satélite orbital Break era también gigantesco, poseía más de trescientos niveles con distintas alturas cada uno. Tenía varias salas de espectáculos, no menos de treinta space-pub, gimnasios, piscinas. Había de todo para que los cosmonautas que no podían descender al planeta por cualquier causa, entre ellas por tener sus cosmonaves estacionadas junto o encima del cosmopuerto, pudieran divertirse antes de volver a saltar hacia los espacios infinitos en busca de peligrosas misiones. No eran pocas las cosmonaves que se perdían es los confines del universo y jamás regresaban.

Entre las cosmonaves, las había que dependían del gobierno de la Confederación, aparte de las milicianas. Luego estaban las que eran propiedad de diversas compañías que operaban en distintos sistemas espaciales y, por último, las independientes que pertenecían a un solo hombre o a una cooperativa de hasta cinco individuos.

Entre estas últimas se hallaba la Ferm 11-9, que pertenecía a Ciril y llevaba consigo a cinco hombres a los que pagaba a tanto por ciento sobre los beneficios obtenidos.

De esta forma se aseguraba que sus subordinados y a la vez compañeros y amigos ponían el máximo interés en que los contratos que aceptaban se cumplieran en los plazos convenidos y sin problemas.

—Muchachos, tenemos unos períodos para descansar y divertirnos aquí.

—Eh, Ciril, ¿puedo abandonar el cascarón? —preguntó el vozarrón de Tagar.

—Nos dividiremos en dos grupos como siempre. Herrero, tú te vas a quedar aquí con Owo. Srother, Tagar y yo bajaremos en el primer período de tiempo, habrá diversión para todos.

—¿Cuántos períodos estaremos aquí? —preguntó Herrero a través del sistema de interfonos.

—Varios períodos, tengo que ratificar el próximo contrato.

—¿Con una compañía minera?

—No lo sé aún. He de pasar por la lonja de contratación, allí conozco a un tipo que me arregla los asuntos, claro que tengo que pagarle, la historia de siempre. ¡Owo!

—¿Sí? —respondió el oriental que carecía de cabello en su cráneo pero sí tenia unos bigotes de largas guías.

—Engancha el túnel de enlace.

—Ahora mismo.

Owo puso en pantalla una de las bocas de entrada del satélite Break e hizo salir de la Ferm 11-9 el tubo flexible que enganchó al satélite de recreo.

Poco más tarde, cuando el tubo quedó listo, Ciril, Tagar y Srother avanzaron por el interior del túnel hasta introducirse en el satélite de la diversión y el ocio, un satélite en el que, sin embargo, se llevaban a cabo muchos contratos entre los cosmonautas y las grandes compañías.

Para facilitar tales contratos habían montado allí una lonja de contratación, especialmente dedicada a los independientes y cooperativistas.

—¿Cuántos períodos de tiempo hemos estado viajando?

—No lo preguntes, Tagar, es mejor no saberlo.

—Pisar este satélite es como desperezarse antes de lanzarse sobre un pastel.

—Yo hubiese preferido pisar la madre Tierra —comentó Srother, cuyos ojos brillaban mucho debido a las lentillas que usaba.

Srother era el que tenía más tiempo de vida sobre sus huesos y se le notaba en la piel y en la canosidad de sus cabellos, pero Ciril no pensaba prescindir de él.

—Buscaré a los amigos a los que hace tiempo que no veo —dijo Srother—. Estoy harto de dialogar con Snoopy.

Snoopy era la gran computadora que llevaba a bordo la cosmonave Ferm 11-9 y Ciril sabía muy bien que no había un tipo mejor que Srother para manejar una gran computadora de vuelos cósmicos, una computadora que tenía que controlar la cosmonave en sus servicios internos, pero sus tentáculos sensores también controlaban, ordenaban y computaban los espacios cósmicos en torno a la cosmonave en un radio de acción esférico, según convenía al comandante.

—Yo pienso acudir al Venus-Room —dijo Tagar—. Allí tengo unas amiguitas…

—¿Y qué harás para ligártelas? ¿lucha en la pista?

—Si alguien se atreve conmigo, ¿por qué no? —respondió Tagar riéndose.

—Pues, no has podido con Owo ni con Mohamed.

—Bah, es que somos compañeros y nos respetamos. No es bueno pelearse entre amigos, acabaríamos cogiéndonos rencor y hemos de pasar mucho tiempo juntos.

Srother opinó:

—Mohamed es un negro hercúleo, sus brazos parecen hechos con aceros hipertemplados.

—Bah, yo tengo unos brazos muy musculados —dijo Tagar hinchando sus bíceps, fanfarronamente demostrativo.

—Si, pero Owo es un especialista en las luchas orientales terrícolas y otras que aprendió en el sistema Alfa Centauro.

—Ya será menos.

—Bien, te acompaño al Venus-Room. Tomaré un coctail sideral y luego ya iré a hacer mis contactos.

—Yo os dejo —manifestó Srother—. Ya nos encontraremos.

—Si no nos encontramos dentro de un período, regresa a la Ferm 11-9.

—De acuerdo, quizás regrese antes. Prefiero dormir en mi propia litera; cambiar de lecho me produce insomnio.

Srother se separó de Ciril y Tagar.

Estos, mediante un pequeño vehículo neutro-deslizador, se dirigieron a un ascensor de vehículos.

Aquellos neutros-deslizadores de dos plazas funcionaban mediante la introducción de la tarjeta de crédito en la ranura correspondiente y se hallaban a disposición de cualquiera, estacionados por doquier.

Se deslizaban sin tocar el suelo, contrarrestando la fuerza de la gravedad artificial que funcionaba en todo el satélite orbital Break.

Llegaron hasta el Venus-Room, que funcionaba constantemente y sólo se cerraba cada cuarenta y ocho horas durante un par de horas para la limpieza.

Luego, volvía a ponerse en marcha, puesto que cada cual controlaba sus ciclos de vida, es decir, comidas, descanso, trabajo y ocio.

Al no tomar como punto dé referencia el Sol ni el ciclo terrestre, cada cual se organizaba según sus necesidades y las características propias de las cosmonaves que permanecían amarradas al satélite Break o bien lo orbitaban.

El Venus-Room estaba en plena efervescencia en aquellos momentos.

Había un buen número de clientes, tanto hombres como mujeres, y no sólo terrícolas si no seres de otros planetas que tenían relaciones comerciales con la Confederación o simplemente estaban de visita turística, todos ellos individuos de aspecto más o menos humano, pues los había muy similares a los terrícolas y otros se diferenciaban ostensiblemente, aunque su inteligencia había sido reconocida como humana.

—Mira, Ciril, qué chica hay en la pista. Son verdaderos fenómenos de la Naturaleza.

—Sí, están muy bien —aceptó Ciril mirando a las terrícolas que danzaban, moviendo sus atrayentes curvas al ritmo de la música sidero-tecno-pop.

Tomaron asiento en una mesa y fueron servidos tal como deseaban. Cuando las chicas terminaron, Tagar dijo:

—Voy a exhibirme un poco.

—No te metas en líos, te quiero sano para la futura misión.

—No temas, sé cuidarme.

Bajó a la pista y como autopresentándose en una cancha de combate, gritó:

—¡Eh, oíd todos, ha llegado Tagar, Tagar que soy yo! ¡Si alguien quiere medir su fuerza conmigo y tiene los propulsores bien puestos, que baje!

Se levantó un extraordinario ejemplar de ser perteneciente a la etnia inteligente del planeta Zempo. Era un sujeto como de dos metros de altura, con piel coriácea de color verdoso. Poseía cuatro brazos que si bien no tenían el grosor de los brazos de Tagar, eran muy fuertes y más largos. Los zemponitas eran de movimientos más lentos que los

terrícolas pero resultaba difícil hacerles algún daño, pues su piel parecía constituida por durofibras aceroplásticas, capaces de resistir los más duros golpes.

Tagar, al verle bajar por la escalera en dirección a la pista, pues las mesas y butacas estaban dispuestas formando anfiteatro, tuvo un ligero carraspeo pero de inmediato se rió.

—Bah, un zemponita.

—Terrícola, lamento tener que decirte que voy a vencerte —silabeó.

—¿Tú vencerme a mí? Te doy lo que quieras si lo consigues.

—¿Lo que quiera?

—Sí, palabra de Tagar que te lo concedo si es que puedo pagarlo, no soy rico.

—Si le gano, quiero una plaza.

—¿Una plaza de qué? —preguntó Tagar, socarrón.

—Una plaza en una cosmonave.

—¿No tienes trabajo?

—No, no tengo plaza en ninguna cosmonave y no encuentro contratación porque estoy lejos de mi planeta Zempo.

—Ciril, ¿has oído? ¡Tú eres el patrón!

—Si te gana, tiene una plaza en la Ferm 11-9.

—Ya has oído, pero si gano yo, vas a darle todo lo que tengas a la chica que yo escoja para pasármelo bien.

—De acuerdo.

—¡Eh, chicos, el círculo! —exigió Tagar.

Un foco colocado en el techo proyectó una circunferencia roja que llenó la pista casi por completo. Los límites quedaban perfectamente marcados.

—Ya conoces las reglas. El primero que pise fuera del círculo o toque con alguna parte de su cuerpo, pierde.

—Conozco las reglas, terrícola.

—Llámame Tagar. Hay muchos terrícolas, yo diría la mayoría, que no son como yo —fanfarroneó Tagar.

Avanzó hacia el zemponita y le cogió por dos de sus brazos. Comenzó a voltearlo alrededor suyo mientras seguía riendo, dispuesto a lanzarlo volando fuera del círculo.

—¡Jo, jo, qué fácil es esto

Soltó las manos para que el zemponita volara hacia las mesas. Incluso, algunos clientes se apartaron, precavidos.

Mas el zemponita no salió volando porque con otras manos se había agarrado a la cabeza de Tagar, el cual perdió el equilibrio. Ambos cayeron al suelo, teñido en rojo como ellos mismos, debido al foco que les iluminaba.

Tagar quiso soltarse, pero cuatro brazos lo envolvían; no obstante, sus brazos eran más fuertes y comenzó a doblar los brazos del ser de Zempo sin obtener el resultado deseado.

El brazo se retorcía, mas el zemponita no rugía ni se oía el chasquido de sus huesos.

Las manos del zemponita le atraparon por el cuello, comenzando un estrangulamiento. Tagar soltó los brazos que retorcía con su hercúlea fuerza y atrapó las muñecas de las manos que le estrangulaban, impidiéndolo. Pero, mientras retenía aquellas manos, las otras dos que acababa de liberar volvieron a coger su cuello tomando el relevo.

—Diablos, tienes demasiadas manos —gruñó Tagar.

Comenzó a golpear el cuerpo del zemponita que hubiera aguantado los golpes de un, terrícola normal, pero no los de Tagar. El rostro del zemponita, que semejaba una durísima máscara a los ojos de los terrícolas, acusó los golpes, pero siguió estrangulando a Tagar hasta que éste comenzó a notar la falta de riego sanguíneo en su cerebro.

Cuando quiso darse cuenta, se escucharon pitidos y pataleos, señal evidente de que la lucha había terminado.

Cuando sacudió la cabeza, Tagar vio que era él quien tenía parte del cuerpo fuera del círculo.

—Ya tengo una plaza —manifestó el zemponita, satisfecho.

—¡Por todos los meteoros del espacio, es la primera pelea que pierdo! —bramó Tagar—. Tendré que hacerme un chequeo médico para comprobar si estoy en forma.

El zemponita se volvió a Ciril, que permanecía sentado frente a una mesa y le dijo:

—Tengo una plaza en tu cosmonave.

—De acuerdo. Espero que no te arrepientas de haberla pedido.

—¿Cuándo partimos?

—No sé nada, ya hablaremos. Tómate unos tragos con Tagar, espero que no os odiéis demasiado.

—Algún día te pediré la revancha.

El zemponita, con su voz que semejaba romperse a cada sílaba que pronunciaba en una lengua que no era la suya, asintió:

—Cuando tú quieras.

En aquel momento, una mujer espectacularmente vestida, con un exótico maquillaje que realzaba sus ojos, su boca y sus senos, se sentó junto al patrón de la Ferm 11-9.

—Hola, Ciril, creí que no volverías más.

—Pues, ya ves, Camelia, estoy aquí. He dejado un cargamento de mineral en la factoría; ha sido un trabajo vulgar, pero un viaje muy largo.

—¿Peligros?

—No, no hemos tenido peligros.

—Si quieres relajarte…

Le acarició el rostro y el pecho mientras buscaba los labios del hombre con los suyos, como si estuvieran ellos solos en el local.

—No tengo prisa por vaciar los depósitos del tubo turborreactor —replicó Ciril con segunda intención.

—Muy listo. ¿Es que esperas encontrar a otra que te complazca mejor que yo?

—Es difícil que llegue a encontrar a alguien mejor que tú, Camelia.

La miró con fijeza, preguntándose los años que aquella mujer terrícola podía tener. Se conservaba muy bien, aunque quizás había pasado por varias regeneraciones de epidermis locales y totales, sin contar con que podía haber estado criogenizada.

Era más sensato no preguntarse su edad, podía asustarse uno y sin embargo, apetecía acostarse con ella ante tanta exuberancia de sensualidad femenina. Toda ella transpiraba fuego sexual.

—Quizás hayas hecho alguna nueva amiguita por esos espacios galácticos.

—Oye, Camelia, ¿cómo está el asunto de contratación, hay alguna misión interesante? No me gustaría tener que transportar otra vez un macro-container repleto de mineral. Esa clase de viajes se hacen tan largos como aburridos.

—El asunto está muy mal, Ciril.

—¿Mal?

—Sí, hay crisis. Varios sistemas planetarios han dejado de comprar manufacturados electrónicos de la Confederación, las factorías trabajan a bajo rendimiento.

—No sabía nada.

—Has pasado mucho tiempo alejado de la madre Tierra.

—¿De veras no hay contratos con que pagar los créditos que debo?

—Me temo que las cosas están feas para todos. ¿No te has fijado en que había muchas naves?

—Es cierto.

—Mira a tu alrededor, verás que abundan los independientes buscando un contrato que sea rentable, claro, porque a bajo precio siempre se puede encontrar algo.

—¿Conoces algún asuntillo? Si me va bien, te daré comisión.

—¿Qué comisión?

—Depende, a lo mejor te pago en monocréditos o bien en especie.

—Es tan excitante que me gustaría más cobrar en especie, pero

me estoy construyendo un chalet en la Tierra y ya sabes lo que eso significa.

—Sí, un chalet en el paraíso de la Tierra, en un área garden-ecológica es el sueño de cualquier mortal y está al alcance de muy pocos.

—Yo quiero tener ese chalet en el área garden-ecológica, no quiero pasarme todos los períodos de mi vida en este satélite. Será muy divertido para los que venís de vez en cuando, pero no para los que estamos siempre aquí.

—Bien, veré qué puedo darte de comisión; depende del contrato que me proporciones.

—Ve al banco de datos de la lonja de contratación. Busca el AV Cuatro UI y obtendrás información.

—¿De qué se trata?

—Unos pequeños containers.

—¿Pequeños?

—Sí, nada de minerales al por mayor y a granel; es cosa fina. No tendrás que utilizar los anclajes exteriores, el transporte lo podrás llevar dentro de la bodega de tu propia nave.

—Eso me gusta mucho más que llevar pegado a la panza de mi cosmonave Ferm 11-9 un macro-container como si fuera un gigantesco lastre que me impidiera avanzar por el espacio.

—Si ese contrato te sale bien y no se te adelanta nadie, podrás llevar el asunto en tu bodega.

—¿Seguro que no sabes nada más de ese transporte?

—No, no sé nada; yo sólo he oído el rumor. Se busca a un independiente arriesgado y creo que el más temerario de todos eres tú.

—¿Por qué arriesgado y temerario?

—No lo sé, lo dice el rumor. Por el momento no han querido hacer el encargo a otros independientes.

—Me parece una estupidez, los hay buenos.

—Tú eres el mejor cosmonauta que atraviesa las barreras interestelares. Quieren a alguien del que puedan estar seguros que


llevará la mercancía.

—¿Contrabando espacial?

—Si quieres llenar tus bolsillos, no preguntes.

—Es un consejo difícil de seguir.

—Lo comprendo. Si tuviera que seguirlo yo, seguramente no podría resistir la tentación de hacer preguntas y más preguntas. Ahora, querido, ¿qué te parece si nos vamos un ratito juntos?

—Luego, si me va bien, te llamo, ahora tengo que hacer. No olvides que tú misma has dicho que prefieres los monocréditos para comprarte el chalet en el planeta Tierra antes que una buena gozada.

—Cuando tenga el chalet, te suplicaré que vengas conmigo todo el tiempo posible.

—No olvidaré la invitación, estás muy apetitosa.

—No vayas a venir cuando tengas los dientes sintéticos, hijo de mala probeta.

—Te equivocas, guapa, yo no soy de fábrica.

—Hum, será por eso que me pareces más gustoso que los demás.

Ciril abandonó el Venus-Room y se dirigió a la lonja de contratación. Allí pudo ver a varios compañeros del espacio, independientes como él.

Se saludaron con movimientos de mano; Ciril pudo ver rostros crispados.

—¿No hay contratos compañeros?

—Nada que sea interesante —le respondieron.

Ciril se colocó en una cola. Cuando le tocó su turno, introdujo su carnet identificativo dentro de la ranura y tecleó lo que le habían indicado.

—AV Cuatro UI.

Aguardó. Al poco, le salió una codificación de televideofono de línea restringida.

Al ver que se alejaba con aquella codificación, los compañeros le miraban recelosos. Ciril se introdujo en una cabina de televideofono

para líneas restringidas que equivalía a decir que eran líneas que gozaban de alta seguridad de reserva.

Introdujo su tarjeta de créditos en la ranura y tecleó la codificación que le acababa de proporcionar la terminal de datos. Después, esperó.

—Hola. ¿Es usted Ciril, el comandante de la Ferm 11-9?

—Sí, yo mismo.

El hombre que aparecía en la pantalla era de estatura mediana, bastante recio. Vestía la casaca «silver» propia de los altos ejecutivos.

—Tenemos un contrato que ofrecer.

—¿De qué se trata?

—De enviar seis containers a su destino.

—¿Qué clase de containers?

—Caben en la bodega de su cosmonave, no tendrá que utilizar los anclajes de arrastre exteriores.

—Perfecto, la navegación espacial será más fácil así. pero ¿qué transportan esos containers?

—Es secreto de fabricación.

—Me gusta saber lo que llevo.

Aquel hombre que no había revelado su nombre puntualizó:

—El pago por el transporte es un millón quinientos mil monocréditos y quinientos mil más si el transporte se realiza en el tiempo deseado y además no se hacen preguntas.

—El precio parece muy bueno. ¿Cuál es el destino?

—El planeta Kramon.

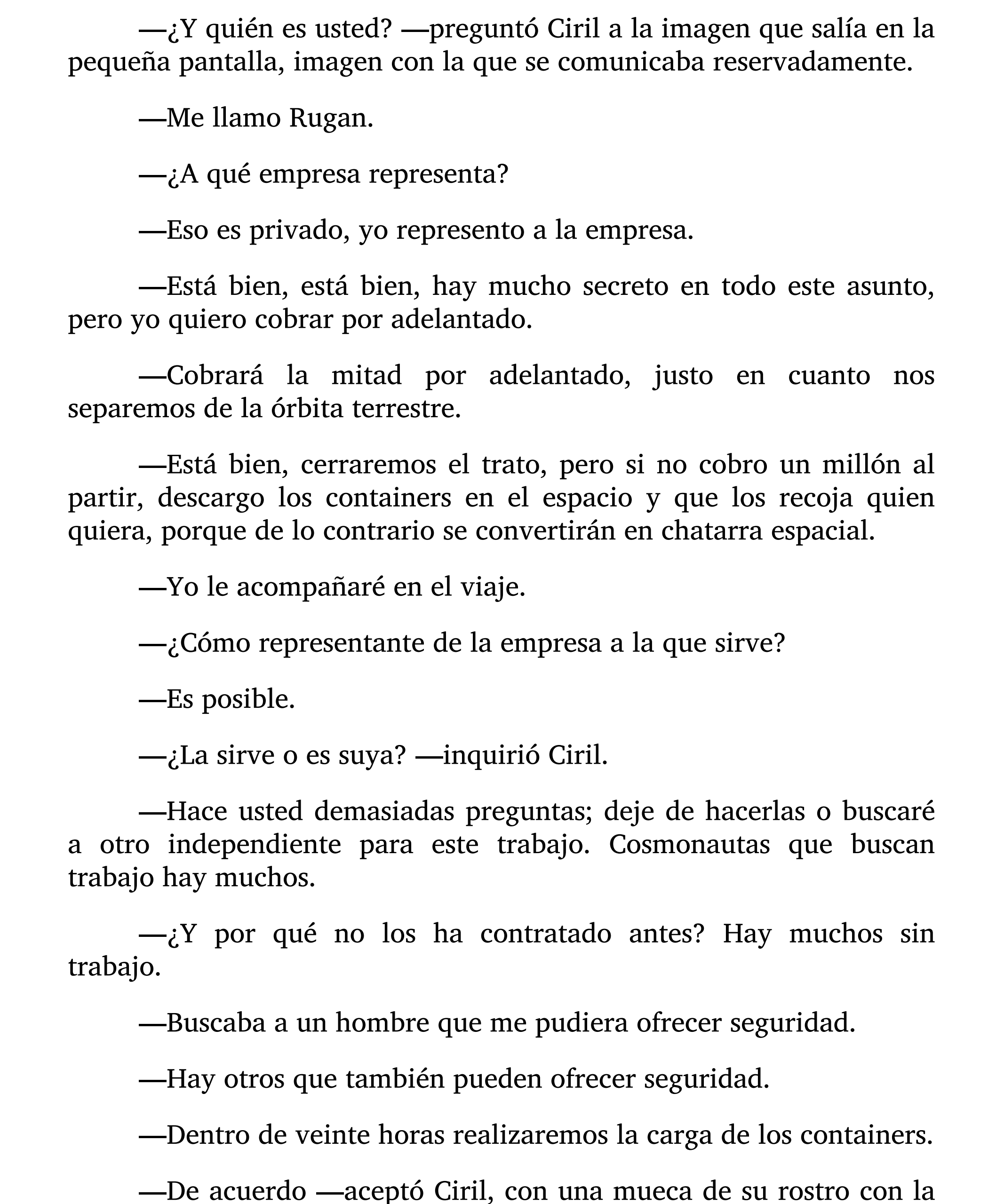
Ciril silbó de admiración.

—Eso está muy lejos.

—Sí, en el sistema solar de Auria.

—¿Quién paga?

—Yo.



—¿Y quién es usted? —preguntó Ciril a la imagen que salía en la pequeña pantalla, imagen con la que se comunicaba reservadamente.

—Me llamo Rugan.

—¿A qué empresa representa?

—Eso es privado, yo represento a la empresa.

—Está bien, está bien, hay mucho secreto en todo este asunto, pero yo quiero cobrar por adelantado.

—Cobrará la mitad por adelantado, justo en cuanto nos separemos de la órbita terrestre.

—Está bien, cerraremos el trato, pero si no cobro un millón al partir, descargo los containers en el espacio y que los recoja quien quiera, porque de lo contrario se convertirán en chatarra espacial.

—Yo le acompañaré en el viaje.

—¿Cómo representante de la empresa a la que sirve?

—Es posible.

—¿La sirve o es suya? —inquirió Ciril.

—Hace usted demasiadas preguntas; deje de hacerlas o buscaré a otro independiente para este trabajo. Cosmonautas que buscan trabajo hay muchos.

—¿Y por qué no los ha contratado antes? Hay muchos sin trabajo.

—Buscaba a un hombre que me pudiera ofrecer seguridad.

—Hay otros que también pueden ofrecer seguridad.

—Dentro de veinte horas realizaremos la carga de los containers.

—De acuerdo —aceptó Ciril, con una mueca de su rostro con la que parecía indicar que no le acababa de gustar demasiado aquel encargo tan secreto.

Rugan no le caía nada bien; había sentido una antipatía instintiva hacia él, pero el negocio era el negocio y eso era lo que le interesaba.

Dos millones de monocréditos eran mucho dinero pero también había que tener en cuenta que el destino era muy lejano, fuera de las

rutas conocidas y también al margen de la protección de las cosmonaves milicianas de la Confederación Terrícola.

Eran riesgos que debía correr y los aceptaba. Aquello por supuesto, no era un encargo de transporte de mineral.

Al abandonar la cabina de televideofono, se encontró casi de cara con una mujer que ya de entrada le pareció sugestivamente atractiva.

Era alta, delgada, de piernas largas pero fuertes y bien torneadas, cintura estrecha y caderas redondeadas. Poseía senos plenos y firmes, altos, bien separados entre sí y el rostro era sensual y juvenil a la vez...

Ella sonrió antes de hablar. Se daba cuenta de que su figura, su rostro, habían causado más que buena impresión en aquel hombre que, por otra parte, a ella le pareció muy atrayente.

—¿Eres un independiente?

—Sí.

—Busco una cosmonave que vaya a emprender viaje.

—Hay muchos independientes que buscan trabajo. Si quieres fletar una cosmonave, podrás hacerlo sin problemas.

—Pagar el coste de toda una cosmonave es demasiado fuerte para la economía de la doctora Inge.

—¿La doctora Inge, la científica experta en biología genética?

—Exacto. Yo soy su ayudante, me llamo Gisela.

—¿No hay cosmonaves de líneas regulares hacia vuestro destino?

—No.

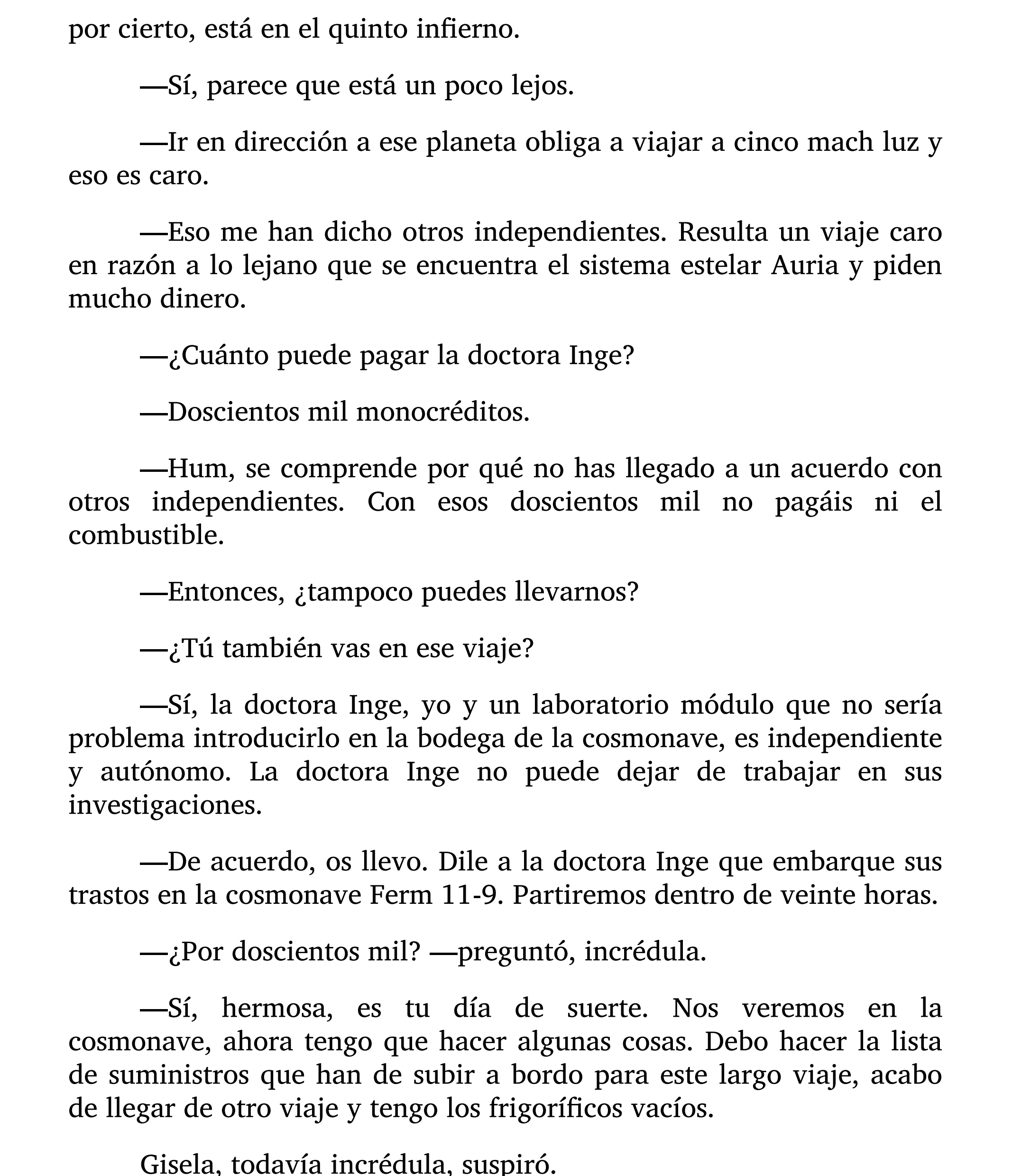
—¿Y cuál es vuestro destino?

—El planeta Kramon.

—¡Diablos!

—¿Qué pasa? ¿No puedes aproximarte a ese planeta si pasas cerca?

—De pronto os ha dado a todos por ir al planeta Kramon que,



por cierto, está en el quinto infierno.

—Sí, parece que está un poco lejos.

—Ir en dirección a ese planeta obliga a viajar a cinco mach luz y eso es caro.

—Eso me han dicho otros independientes. Resulta un viaje caro en razón a lo lejano que se encuentra el sistema estelar Auria y piden mucho dinero.

—¿Cuánto puede pagar la doctora Inge?

—Doscientos mil monocréditos.

—Hum, se comprende por qué no has llegado a un acuerdo con otros independientes. Con esos doscientos mil no pagáis ni el combustible.

—Entonces, ¿tampoco puedes llevarnos?

—¿Tú también vas en ese viaje?

—Sí, la doctora Inge, yo y un laboratorio módulo que no sería problema introducirlo en la bodega de la cosmonave, es independiente y autónomo. La doctora Inge no puede dejar de trabajar en sus investigaciones.

—De acuerdo, os llevo. Dile a la doctora Inge que embarque sus trastos en la cosmonave Ferm 11-9. Partiremos dentro de veinte horas.

—¿Por doscientos mil? —preguntó, incrédula.

—Sí, hermosa, es tu día de suerte. Nos veremos en la cosmonave, ahora tengo que hacer algunas cosas. Debo hacer la lista de suministros que han de subir a bordo para este largo viaje, acabo de llegar de otro viaje y tengo los frigoríficos vacíos.

Gisela, todavía incrédula, suspiró.

—Un momento —pidió Ciril, acercándose más a ella.

Gisela, temiendo que sus planes se fueran abajo, inquirió:

—¿Qué pasa? ¿No has dicho que nos llevarías?

—Tú no serás un ente salido de las probetas de la doctora Inge, ¿verdad?

—No, yo soy un ser natural, orgánico y caliente.

—Esto último es lo que me gusta más, pero debo comprobarlo.

Antes de que la joven pudiera evitarlo, Ciril la besó en los labios ante las miradas inquisitivas de sus compañeros que seguían buscando trabajo.

CAPITULO III

Tagar miró al zemponita; no le caía nada bien aquel ser que lograra vencerle públicamente, aunque se disculpaba a sí mismo diciéndose que cuatro brazos eran muchos brazos, aunque quizás llegara el día del desquite.

—Todavía no me has dicho cómo te llamas.

—Sal —respondió con su voz que parecía ir a romperse en cualquier momento.

—¿Y por qué no Azúcar?

—Sal.

—Está bien, Sal, pero no pienso comer a tu lado. Cuando te llamara, parecería que estuviera pidiendo sal.

—Sal.

—Diablos, pareces un androide averiado...

—¿Qué pasa, Tagar? —preguntó Ciril que en aquellos instantes llegaba junto a ellos.

—Nada, que se llama Sal—respondió Tagar.

—Pues, muy bien. Sal, formarás parte del equipo de mantenimiento y además vigilarás las bodegas de carga.

—¿Equipo de mantenimiento?

—Eso he dicho.

—¿Quiénes lo forman?

—Tagar.

—Y quién más?

—Tú.

Tagar y Sal se miraron mutuamente con cierto recelo.

—¿No podría encargarse Mohamed de este asunto?

A la pregunta de Tagar, Ciril replicó:

—Mohamed os turnará adecuadamente. Y ahora, listos para recibir la carga.

—Atención, Ciril, aquí Herrero.

—Te escucho —respondió Ciril, moviendo su intercomunicador de pulsera.

—Se acerca una lanzadera de carga y pide permiso para el acceso a la bodega.

—Ahora mismo voy, que se vayan acercando—. Se volvió hacia Tagar y les dijo—: Bajad a la bodega inmediatamente y poneos los trajes de supervivencia. Abriremos las compuertas grandes.

—¿Trajes de supervivencia? —casi se burló Tagar—. No sé que traje de supervivencia se va a poner el zemponita si tiene cuatro brazos.

—En mi equipo he traído mi propio traje de supervivencia.

—¿Has oído, Tagar? Trae su propio traje de supervivencia y con cuatro brazos puede ayudar mucho.

Tagar tuvo que admitir que la labor del zemponita resultaba muy efectiva.

Los containers entraron por la gran compuerta y, gracias a los desplazadores electromagnéticos, las grandes cajas fueron colocadas en sus lugares correspondientes.

La carga fue sujetada adecuadamente para que no se moviera de su sitio, pese a los movimientos bruscos que pudiera efectuar la cosmonave.

—Ponga sus huellas digitales en este contrato —exigió Rugan a Ciril.

—De acuerdo, pero quiero mi dinero.

—Tendrá el millón de monocréditos para cuando hayamos partido.

—Si no me paga, volveremos atrás.

—Es usted muy desconfiado —se quejó Rugan.

—Yo no he comenzado los secretos, ha sido usted, no lo olvide. He visto que los containers vienen herméticamente cerrados.

—Usted limítese a hacer el trabajo.

—Está bien, terminemos —le dijo Ciril poniendo sus huellas en el contrato que, automáticamente, quedó archivado en la memoria de la computadora y por la terminal fue al centro de datos de la lonja de contratación.

—Si está todo a bordo, ya podemos partir —apremió Rugan.

—No tan aprisa.

—¿Sucede algo?

—Espero a unas amigas.

—¿Amigas?

—Sí, eso he dicho. Parece ser que quieren hacer turismo por el sistema estelar de Auria y como voy por allá…

—Eso no está en el contrato, Ciril. Esas mujeres de que habla no pueden subir a bordo.

—¿Ah, no? ¿Sabe quién es el comandante a bordo?

—Sí, eso lo sé bien.

—Pues procure que no se le olvide.

—Usted es el comandante, pero yo pago.

—En el contrato no especifica nada de que yo no pueda llevar pasajeros a bordo.

—Se supone.

—Es usted quien supone, Rugan, usted…

Herrero le avisó en aquellos momentos.

—Se acerca una lanzadera de carga.

—Comunícate.

Herrero se comunicó y terminó por preguntar:

—¿Quiénes son?

—La doctora Inge —dijo una voz femenina, con fuerte acento germánico en sus palabras.

—Diles que pasen a bordo y pronto —ordenó Ciril.

—¿La doctora Inge, la científica? —preguntó Rugan.

—Así es.

—Está bien, pero que no nos hagan perder tiempo. Pago mucho por este viaje; mis clientes nos esperan.

—No se preocupe, saldremos de aquí a gran velocidad.

—¡Ciril!

—¿Qué pasa, Herrero?

—Noto interferencias desde hace un rato.

—¿Interferencias?

—Sí, interferencias en la telecomunicación.

—Eso será la doctora Inge —acusó Rugan.

—O lo que pueda llevar en sus containers herméticamente cerrados —replicó Ciril.

—Los containers no llevan nada peligroso y tampoco nada que cause interferencias de telecomunicación.

Srother, que acababa de entrar, observó:

—Estamos orbitando el planeta Tierra, lo que quiere decir que nos hallamos envueltos por una espesa telaraña de telecomunicaciones láser. Es posible que hayamos cortado uno de los hilos de la tela y a eso se deban las interferencias.

Rugan inquirió:

—¿Es el técnico en electrónica de la cosmonave?

—Sí, se llama Srother.

—Parece algo viejo —gruñó Rugan.

—Sólo tengo varios siglos de años período.

—Muy viejo, ya lo he dicho.

—Se conserva muy bien y ha pasado mucho tiempo criogenizado.

No tardaron en presentarse en la sala de control la doctora Inge y Gisela.

La primera llevaba entre sus brazos al gato vespuciano que parecía muy quieto y relajado, mimado entre las manos de la doctora Inge.

—Doctora Inge, Gisela, les presento a Rugan. Será su compañero de viaje.

—No soy el compañero de viaje —corrigió Rugan, cortante—. Soy quien paga este viaje.

La doctora Inge le miró a través de sus lentillas, incorporadas a las córneas de sus ojos por implantación con cirugía láser.

—Yo también pago, tengo los mismos derechos.

Rugan se encaró con Ciril, hostil.

—¿También le cobra a ella?

—Naturalmente, yo no soy un promotor de viajes turísticos gratis. He de pagar a mis hombres, el combustible de la cosmonave y los suministros que habremos de consumir.

—Basta, basta —cortó Rugan.

Herrero alzó la voz para interpelar:

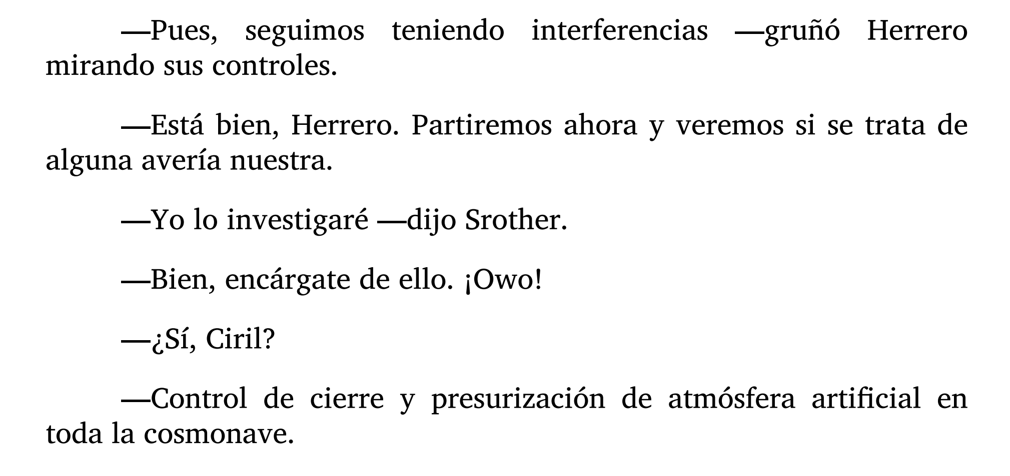
—¡Doctora Inge!

Todos se volvieron hacia el cosmonauta.

—¿Sí?

—¿Lleva usted en su equipo algo que perturbe las telecomunicaciones?

—No, claro que no. Todos los aparatos que llevo en el laboratorio modular autónomo tienen desparasitadores iónicos electrónicos y de todo tipo de radiaciones para no perturbarse incluso unos aparatos a otros, ya que son de alta sensibilidad y fiabilidad.



—Pues, seguimos teniendo interferencias —gruñó Herrero mirando sus controles.

—Está bien, Herrero. Partiremos ahora y veremos si se trata de alguna avería nuestra.

—Yo lo investigaré —dijo Srother.

—Bien, encárgate de ello. ¡Owo!

—¿Sí, Ciril?

—Control de cierre y presurización de atmósfera artificial en toda la cosmonave.

—De acuerdo, abro controles.

—Espero datos en seguida. Partiremos cuando Snoopy nos comunique que todo está bajo control; yo me encargo de la ignición manual de los motopropulsores.

La doctora Inge dio un par de pasos para acercarse más a la terminal de datos de la computadora de a bordo. Al quedar el gato Goliath cerca de Rugan, el animal erizó su pelaje. Mostró sus finísimos colmillos y las punzantes uñas retráctiles.

—Cuidado con ese gato, doctora Inge —exigió Rugan—. Si me araña, tendré que matarlo.

La doctora Inge se revolvió hacia el hombre con evidente malhumor.

—No se atreverá a matarlo. Los animales están protegidos por las normas y leyes de la Confederación. Torturarlos o matarlos es un crimen.

—No cuando es en defensa propia —replicó Rugan.

—Si usted lo provoca...

—Yo no lo he provocado, pero sería lo de menos. Basta con que me arañe, lo provoque yo o no, para que tenga derecho a eliminarlo, de modo que será mejor que lo encierre en su camarote o en su laboratorio. Preferiría no volverme a encontrar con él, no me gustan los gatos.

—Es un gato vespuciano. ¿No se ha dado cuenta, o es que su incultura llega hasta el punto de hacerle parecer tonto!

Rugan no enrojeció ni palideció, se limitó a replicar:

—El gato es su problema y no el mío, y a mí me importa poco que sea vespuciano, siamés o vulgaris atigrado. Ese anilmalejo es simplemente un gato.

—Un gato excepcional, un gato de gran valor —intervino Gisela, saliendo en ayuda de la doctora Inge.

—¿De dónde le han sacado? Es el primer gato vespuciano! que veo vivo —inquirió Ciril.

—Ha sido un regalo, un regalo muy valioso para mí.

Ciril creyó oportuno preguntar:

—¿Lo va a utilizar como animal de investigación?

—No. Este animal no merece el tratamiento de cobaya de laboratorio; cierto que su estudio es apasionante, pero me he encariñado con él. No podría hacerle ningún daño y el animal tampoco me lo perdonaría. Lo he aceptado como animal de compañía.

Srother, que estaba tratando de averiguar el por qué de las interferencias en las telecomunicaciones, volvió la cabeza hacia la doctora Inge y preguntó:

—¿Es cierto que esa clase de gatos tienen las células cambiantes?

—Sí, es todo un misterio para nuestra ciencia.

—¿Y al cambiar sus células y su estructura puede cambiar también de morfología en un momento dado?

—Esa es una especie de leyenda. Se dice que el gato vespuciano puede cambiar, pero no de forma si no de tamaño, pero yo no estoy convencida de ello. No creeré en esa leyenda hasta que pueda constatarla por mí misma.

—También se habla de la posible invisibilidad del gato vespuciano y que ésa es la principal causa por la que se han podido capturar rarísimos ejemplares.

—Sí, también es parte de la leyenda el que se pueda hacer invisible a voluntad, pero yo a Goliath lo he estado viendo en todo momento. Además, aunque llegara a hacerse invisible en un momento dado, con gafas de infrarrojos se detectaría en seguida.

—Todo presurizado —advirtió Owo.

Ciril se acomodó en la butaca de pilotaje. Tecleó en la pequeña pantalla de control de datos con sonido incorporado y aparecieron unas luces verdes. La voz de la computadora se dejó oír.

—Todo bajo control, todas las dependencias presurizadas. Todas las dependencias con gravedad artificial. Combustible al cien por cien. Controles fiabilidad, diez mil...

La computadora Snoopy siguió proporcionando datos. Ciril bajó el volumen de la voz del computador central y luego dijo:

—Vamos a partir, Herrero. ¿Listo?

—Sí, listo.

—¿Listo, Owo?

—Sí, listo.

—Srother, ¿algún problema?

—Ninguno.

—Atención, motores uno, dos, tres y cuatro en ignición.

Ciril pulsó las teclas correspondientes. Apenas notaron nada, ya que ninguna gravedad externa ejercía fuerza sobre sus cuerpos.

—¿A qué velocidad estamos? —quiso saber Rugan.

—Usted no se preocupe. Váyase a su camarote a ver grabaciones de video-entretenimiento —le replicó Ciril.

—Oiga, a mí no tiene que decirme...

—Cállese —le ordenó Ciril, tajante—. Motor central en ignición.

Herrero advirtió:

—Velocidad cero cinco mach luz.

—Aumento de fuerza en motores.

Owo indicó:

—Temperatura de motores en aumento.

—Cuando rebasemos la barrera del uno mach luz, la temperatura descenderá.

—Gisela, vamos a nuestros camarotes —propuso la doctora Inge que no se separaba de su gato vespuciano.

Gisela clavó sus ojos en Ciril sin que éste se percatara de ello, no en vano estaba con todos sus sentidos puestos en la tarea de hacer saltar a la cosmonave Ferm 11-9 fuera del espacio estelar del Sol aumentando su velocidad progresivamente.

El destino estaba muy lejos, el sistema estelar de Auria quedaba a gran distancia, un destino que parecía cargado de incógnitas, incógnitas que comenzaban por los containers cerrados sobre los cuales Rugan se negaba a hablar.

CAPITULO IV

Ciril se situó frente a la mesa de cartas espaciales, una mesa accesoria de cristal completamente plano que era una pantalla por la que se pasaba la videocartografía de mapas espaciales.

En aquellos momentos, Ciril tenía centrado en la mesa el sistema estelar Auria y sus planetas. Estaba estudiando la forma de acceso para no perder tiempo y tener que cruzar diametralmente las órbitas de la estrella Auria, el sol que iluminaba el planeta Kramon del que Ciril había oído hablar pero que continuaba siendo un misterio para él.

Rugan entró cargado con un maletín. Se detuvo frente a la mesa, en el lado opuesto a Ciril, y demandó la atención de éste con un gesto.

—¿Viene a pagarme? —le preguntó Ciril, pragmático.

Rugan levantó los dedos índice y pulgar de su zurda, sosteniendo entre ellos una rutilante gema perfectamente tallada.

—¿Sabe qué es esto?

—Sí, claro, es un brillante venusiano.

—Perfecto, un brillante venusiano de inmaculada pureza y con la talla perfecta según estipulan las normas.

—Así parece. Tendría que colocarlo bajo la óptica del medidor automático, pero creo que el resultado sería ése.

—¿Sabe cuánto vale este brillante venusiano?

—Lo sabemos todos, mil monocréditos.

Rugan prosiguió:

—El brillante venusiano está aceptado como moneda de pago en los planetas vivos y con los que tenemos tratos comerciales.

—¿Está diciendo que va a pagarme con brillantes venusianos?

Rugan depositó el maletín que llevaba sobre la mesa-pantalla y lo abrió. Los brillantes refulgieron al recibir una luz que inmediatamente les dirigió Srother qué les había oído.

—Hermosos, ¿verdad? —preguntó Rugan en tono frío.

—Sí, muy hermosos y no pagan impuestos si nadie sabe que los cobras.

—¿Hubiera preferido que le pagara con una tarjeta de crédito, una tarjeta que bastara colocar en la ranura correspondiente para que una cifra se volatizara de mi cuenta pasando a la de usted?

—Lo importante es que haya pagado —replicó Ciril.

Srother se acercó. Tomó uno de los brillantes venusianos entre sus dedos y lo puso a contraluz. El brillo era de una perfección rara vez conseguida por un brillante hallado en el planeta Tierra.

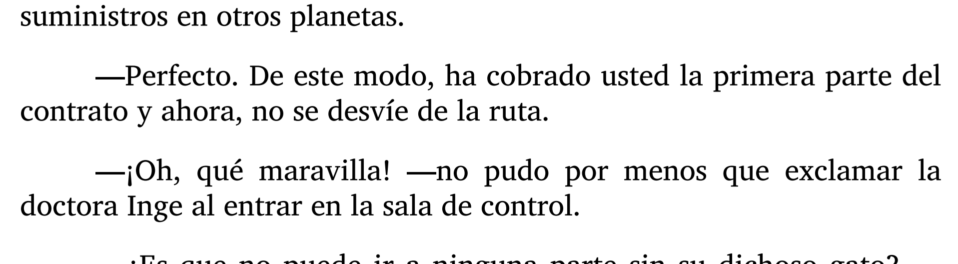
—Hacía tiempo que no veía uno de éstos —opinó Srother, añadiendo—: En cierta ocasión, tuve dos juntos.

—¿Y qué hiciste con ellos?

—Se los llevó una chica de la colonia de Plutón que jamás había visto el planeta Tierra; me enamoré de ella.

—¿Le parece bien así el pago? —preguntó Rugan, al cual no le interesaba la historia amorosa de Srother.

—Sí, me parece bien. Con diamantes venusinos puedo pagar



suministros en otros planetas.

—Perfecto. De este modo, ha cobrado usted la primera parte del contrato y ahora, no se desvíe de la ruta.

—¡Oh, qué maravilla! —no pudo por menos que exclamar la doctora Inge al entrar en la sala de control.

—¿Es que no puede ir a ninguna parte sin su dichoso gato? —preguntó Rugan.

—¿Qué le pasa con mi gato?

—Fíjese en él —exigió Rugan.

Con su actitud, Goliath mostraba una clara hostilidad hacia Rugan.

—Bah, usted y mi gato son incompatibles. Espero que, siendo usted el ser inteligente, lo cual yo no me atrevo a dudar, sepa comportarse y no provocar la antipatía del animal.

—Sobre los gatos circulan múltiples leyendas —comentó Srother —. Siempre se ha dicho que es un aliado del diablo.

—¿Diablo? Pero, ¿qué tontería dice usted?

La doctora Inge alargó su mano hacia las piedras preciosas y las removió con los dedos.

—Qué preciosidad. ¿De quién es esta fortuna?

Los brillantes, que eran de quince milímetros exactos cada uno de ellos, seguían dentro de la caja forrada con terciopelo azul-negro.

El gato vespuciano extendió una de sus patas con las uñas salidas y removió los brillantes.

—Si el gato se come alguna pieza, será problema suyo —advirtió Rugan.

—Supongo que están los mil, pero los contaré —dijo Ciril cínicamente.

—Está en su derecho —replicó Rugan— pero si no los cuenta delante mío, luego no podré hacer caso si me dice que faltan. Lo comprende, ¿verdad?

—Sí, lo comprendo. ¡Srother!

—¿Los cuento?

—Eso es, cuenta diez montones de cien, que no se pierda ni un solo brillante.

—¿Sólo va a utilizar estas gemas como moneda de compra y cambio? —interrogó la doctora Inge.

—Ahora estoy cobrando —respondió Ciril—. No sé en qué voy a utilizar las piedras; posiblemente en pagar a mis acreedores.

Rugan esperó a que las piedras preciosas fueran contadas y después abandonó la sala de control.

Al avanzar por el corredor que conducía a la rampa que daba acceso a la bodega, se encontró de frente con Gisela.

Esta, que se había puesto un atuendo cómodo, le sonrió. Rugan pasó junto a ella sin hacerle caso.

Gisela se detuvo para verle alejarse. Goliath no le resultaba simpático por la propia actitud del gato vespuciano, pero estaba de acuerdo con él respecto a la antipatía natural que ambos sentían hacia aquel personaje que era Rugan, el frío y metódico Rugan, un ser que sólo se interesaba por el viaje y sus containers.

Rugan descendió a la bodega. Allí estaban Sal y Tagar.

—¿Qué hacen aquí?

Sal, el zemponita, le miró sin expresión en su rostro de piel verdosa y coriácea.

—Estamos revisando la carga.

—La carga está perfectamente, ya la he revisado yo y los detectores electrónicos advertirán si los anclajes se han aflojado.

Tagar era menos sumiso y disciplinado. Ciril tripulaba su cosmonave partiendo de la base de llevar amigos y compañeros y no subordinados a una disciplina.

Si alguno de los que colaboraban con él no se acoplaba al sistema del grupo, el compañerismo y la amistad, lo sustituía por otro.

—Oiga, esta bodega es casi mi guarida y usted no me dice que me largue.

—La carga debe viajar sola. Cierren herméticamente la puerta.

—Aquí, en esta bodega de carga, quien manda soy yo. ¿No es cierto, Sal?

Sal miró a Tagar y respondió:

—Las órdenes las da el comandante de la cosmonave.

—¡Por todos los meteoritos, algún día tú y yo ajustaremos las cuentas! No creas que porque me venciste una vez lo harás siempre.

Rugan no se dio por vencido y utilizó el intercomunicador que le fuera entregado al entrar en la cosmonave. La doctora Inge y su ayudante Gisela llevaban idénticos intercomunicadores.

—¡Comandante Ciril! —llamó.

—¿Qué sucede, Rugan? Le oigo.

—Dé orden para que sus hombres abandonen la bodega y que la cierren herméticamente.

—¿Ha pasado algo?

—Aquí no pasa nada —gruñó Tagar, y Ciril reconoció su voz de inmediato.

Rugan insistió:

—Exijo que las puertas de la bodega estén herméticamente cerradas.

—¿Qué le sucede, Rugan, teme que le roben el contenido de los containers de marras?

—Comandante Ciril, yo pago y tengo derecho a exigir.

—Tagar, Mohamed y Sal están al cuidado de la bodega. Abajo están las tripas de esta cosmonave y alguien tiene que mimarlas para que este cacharro espacial no sufra diarrea ni estreñimiento.

—¡Quiero que se cierren las puertas para dar máxima seguridad a la carga!

—Yo tengo completa seguridad y confianza en mi tripulación, de modo que las cosas seguirán como hasta ahora.

—Usted será el responsable si sucede algo.

—Asumo esa responsabilidad y usted deje de poner objeciones a la labor de la tripulación. Limítese a comprobar que sus containers

siguen cerrados y cuando lleguemos al destino lleve a cabo sus contactos. El comandante de la cosmonave soy yo y, cuando tenga problemas con la tripulación, diríjase a mí. Esperemos no volver a tener ninguna otra discusión.

—No se preocupe, no nos interesan sus cajas —le dijo Tagar, despreciativo—. A menos que haya mujeres dentro, ¿verdad, Sal?

—¿Mujeres?

—Sí, mujeres, mu-je-res… —silabeó—. ¿Es que no te gustan las mujeres?

—Yo no como mujeres —replicó Sal.

—¿Es que tú no…? Ya me entiendes.

Ciril, que le estaba oyendo, pidió a Tagar:

—No te excites, hombre. Recuerda que los zemponitas van a dar su semen a las factorías y allí resuelven el pleito con las mujeres zemponitas. No les ocurre como a nosotros.

—Ah, sí, ya no me acordaba. Menos mal, que cuando hace siglos trataron de imponernos a nosotros semejante sistema, logramos rebelarnos. Me gustaría saber si se cargaron o no a los que pretendían imponernos el sistema de factor de reproducción anulando el otro sistema de «procrea pero goza lo que puedas.»

CAPITULO V

Ciril había aumentado la velocidad crucero al máximo que le permitía la fuerza impulsora de sus motores. Tampoco quiso consumir energía en exceso para no carecer de ella en el viaje de vuelta.

Salieron del sistema estelar del Sol para internarse en otros sistemas, procurando pasar tangencialmente a ellos para evitar las fuerzas de atracción de estrellas y planetas, atracción que podía resultar despreciable a baja velocidad, pero que a altas velocidades podía causar perturbaciones en la ruta.

Rugan se negó a ser hibernado; los demás tampoco lo hicieron.

La doctora Inge se sumergió en sus investigaciones ayudada por Gisela. Ciril distribuyó la labor de mantenimiento, de modo que en períodos largos la tripulación pudiera descansar.

Lo que Gisela ignoraba es que Ciril habría de conocer los acercamientos que ella había efectuado a las cápsulas de descanso prolongado, pues la muchacha había querido ver al comandante en descanso profundo.

Le atraía la personalidad de Ciril pero no deseaba que se le notara y, por otra parte, él tenía bien controlados a sus hombres para que la presencia de dos mujeres a bordo no alterara la convivencia.

—¿Cómo está todo, Snoopy?

La computadora respondió con su voz de bocina en tono masculino.

—Perfecto. Viajamos a diez mach luz con incremento de cien espaciales.

—Jamás habíamos conseguido una velocidad de crucero interestelar semejante, Rugan tendría que agradecérnoslo.

—Las telecomunicaciones están limpias —advirtió Herrero.

—¿Alguna información?

—Nada, no se recibe nada.

—¿Cosmonaves a la vista? —preguntó a Owo.

—No hay objetos espaciales, salvo los naturales ya previstos.

—¿Cómo funciona todo, Srother?

—Perfectamente.

—Datos estimativos de la fiabilidad exacta de todos los controles de la cosmonave —exigió Ciril a la computadora.

—Fiabilidad cien mil en sesenta por ciento y diez mil en el treinta por ciento y mil en el resto.

—Situación perfecta. Vamos a invertir los propulsores para disminuir velocidad de crucero; de lo contrario, cruzaríamos este sistema estelar sin darnos cuenta y sólo el diablo sabe dónde llegaríamos.

Se abrieron unas compuertas en la proa de la cosmonave mientras se cerraban las toberas de escape que poseían los grandes motores propulsivos en la popa. Casi de inmediato, surgieron los chorros ígneos que deceleraron la velocidad de la Ferm 11-9 que iba

en busca del planeta Kramon.

—Tengo localizado el planeta Kramon —dijo Owo.

—Ponlo en la pantalla —ordenó Ciril—. Seguimos decelerando.

En la macro-pantalla que había en la sala de control de mando de la cosmonave apareció el planeta. Pese a la potencia de la radiotelescopia de la cosmonave terrícola, el planeta no era mayor que un brillante venusiano.

—Dentro de una hora lo tendremos grande como una naranja —advirtió Owo.

—Bien, no lo pierdas y que siga ampliándose. En monitores accesorios localiza los otros planetas del sistema Auria y que el ultraradar automático funcione con la máxima fiabilidad para evitar choques. Sabemos que en este sistema abundan los asteroides errantes.

Todo estaba bajo control. La doctora Inge y Gisela habían acudido a la sala de control para ver el planeta Kramon que para ellas era su destino.

—¿Cuándo arribaremos? —preguntó Gisela.

—Dentro de seis horas treinta minutos estaremos en la órbita del planeta Kramon. Como la carga que transportamos es considerable, descenderemos hasta la superficie del planeta, posándonos en él. ¿Dónde debemos dejarlas? —preguntó Ciril mirando a la doctora Inge.

—Lo sabré cuando me ponga en contacto con Xomik.

—¿Xomik? —repitió Ciril—. ¿Quién es?

—Ya nos lo dirá él mismo —respondió la mujer, evasiva.

Ciril miró a Gisela y ésta se encogió de hombros, dándole a entender que no sabía nada.

—¿Y usted, Rugan?

—Ya le informaré en su momento, cuando orbitemos el planeta.

—¿Tiene que establecer comunicación con los destinatarios del container?

—Ya se lo comunicaré cuando estemos en órbita —repitió, evasivo.

—De acuerdo, no insisto.

En aquel momento entró Mohamed en la sala de control de mando. Su rostro mostraba un rictus de grave preocupación.

—Ciril, tienes que venir.

El comandante y propietario de la Ferm 11-9 miró al alto y fornido negro terrícola que formaba parte de su tripulación.

—¿Qué ocurre, Mohamed?

—Ven.

—¿Algún desperfecto en la cosmonave?

—Se trata de Srother.

—¿Se encuentra mal?

—Está muerto.

Todos fruncieron el ceño. Una muerte súbita dentro de una cosmonave en viaje espacial era profundamente desagradable e inquietante.

Ciril abandonó su butaca de inmediato y fue detrás de Mohamed. Este le condujo a una dependencia, taller de electrónica, en la que Srother solía moverse mucho.

Pudo verlo en el suelo, rodeado de un charco de sangre. Ciril se inclinó sobre el cadáver del humano más viejo de los que viajaban en la cosmonave.

El cadáver de Srother presentaba tremendas heridas en el rostro, en el cuello, en parte del pecho y en los antebrazos con los que, al parecer, había querido protegerse del salvaje ataque del que fuera víctima.

—Parecen zarpazos —gruñó Mohamed.

—Sí, eso parece—. Ciril se puso en pie y ordenó a su compañero —: Introdúcelo en una cápsula criogénica. Al regreso lo entregaremos a las autoridades para que le hagan la autopsia de rigor.

—¿Quién ha podido hacer eso? —preguntó Gisela, estremeciéndose ante la desagradable visión.

—No cabe duda de que tenemos un asesino a bordo —sentenció

Ciril—. Esta muerte no es accidental.

—Parece como si hubiera sido atacado por una fiera salvaje—. opinó Rugan que al igual que Gisela y Owo habían acudido al taller de electrónica para ver lo ocurrido.

—No transportamos animales salvajes en esta cosmonave —replicó Ciril.

Mohamed recordó:

—Un gato sí está a bordo, y los zarpazos son propios de un felino o de algún monstruo que se le parezca.

—El gato vespuciano es demasiado pequeño para este tipo de zarpazos —objetó Ciril.

Rugan puntualizó:

—No podemos olvidar la transmutación posible y reversible de los gatos vespucianos. Sus células son cambiantes, la propia doctora Inge lo admitió.

Ciril se encaró con él.

—¿De veras cree en esas leyendas sobre los gatos vespucianos?

—Sólo la ciencia puede decir dónde empieza y dónde termina la leyenda. La doctora Inge nos puede decir si su gato ha podido aumentar de tamaño.

—Eso, científicamente, es imposible —replicó Gisela.

—Imposible para la ciencia conseguida en la cultura del planeta Tierra, pero ¿acaso pretende que ya lo sabemos todo, que todos los misterios del universo ya están en nuestras manos? Sería tanto como decir que ya somos dioses.

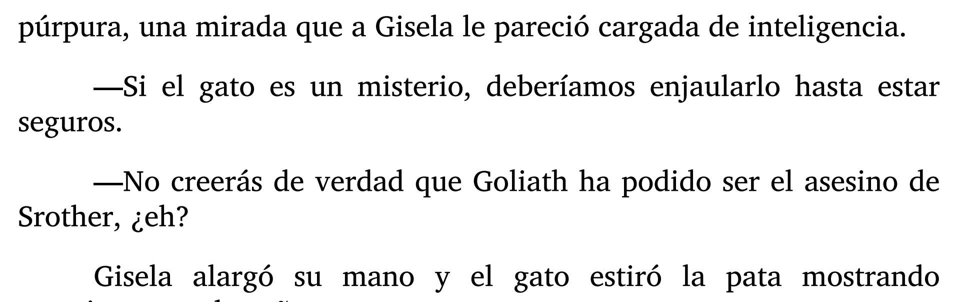
Gisela quiso replicar con más rotundidad, pero optó por cerrar la boca tragándose la réplica y se alejó de allí, yendo en busca de la doctora Inge a la que contó lo ocurrido.

—Qué barbaridad, suponer que ha sido Goliath…

—Pero, ¿puede transformarse o no?

—Sólo es una leyenda.

Gisela miró al gato el cual le devolvió la mirada con sus ojos



púrpura, una mirada que a Gisela le pareció cargada de inteligencia.

—Si el gato es un misterio, deberíamos enjaularlo hasta estar seguros.

—No creerás de verdad que Goliath ha podido ser el asesino de Srother, ¿eh?

Gisela alargó su mano y el gato estiró la pata mostrando agresivamente las uñas.

—Sólo está bien con usted —se quejó Gisela.

—Qué le vamos a hacer, me tiene simpatía y él a mí me cae bien, pero no te ha arañado. Además, si hubiera sido él el asesino, tendría las uñas ensangrentadas.

En aquel momento llegaron Ciril y Rugan. Fue el primero quien dijo:

—Si tuviera las uñas ensangrentadas con la sangre de Srother, en este mismo momento exterminaría al gato asesino.

—El no es un asesino —replicó la doctora Inge apretando al gato contra su pecho, protegiéndolo como si fuera una criatura.

—Yo no me fiaría de ese gato —dijo Rugan, señalándolo acusador.

La doctora Inge siguió defendiendo con vehemencia.

—El gato no ha hecho nada.

—¿Ha estado todo el tiempo a su lado? —inquirió Ciril.

Antes de que la doctora Inge respondiera, Rugan intervino.

—Si lo defiende en la forma en que lo hace, podría mentir.

—Yo no miento jamás —replicó la doctora Inge— y no voy a soportar ningún interrogatorio.

—Un momento, doctora Inge —pidió Ciril—. Un tripulante de esta cosmonave ha sido asesinado y alguien ha tenida que matarlo. Meta a ese gato en una jaula—. Se volvió hacia la joven ayudante para pedirle—: Gisela, acompaña a la doctora Inge hasta donde está Srother.

—No les creo, el gato no ha podido ser, yo estaba con él.

—¿No ha dormido usted en ningún momento?

Gisela se encaró con la doctora Inge y ésta, sintiendo la mirada de su ayudante, no respondió con mucha fuerza pero sí mantuvo su sinceridad.

—Sí, he despertado hace una hora.

—¿Después de un ciclo de sueño de ocho horas? —preguntó Rugan.

—¡El gato no ha sido! —exclamó ahora nerviosa la doctora Inge.

—No ha respondido usted a la pregunta —insistió Rugan con su habitual frialdad.

—Sí, hemos de suponer que ha dormido el ciclo de ocho horas —suspiró Ciril—. Meta al gato en una jaula o lo haré yo, y seguro que la jaula que yo le escoja no será tan agradable.

—Está bien, pero es un abuso y una acusación injusta.

Rugan masculló:

—¿Cree que será suficiente confiar en la doctora Inge?

—No deseo tener que recordarle que quien toma las decisiones en esta cosmonave soy yo.

—Sí, pero ya ha habido un hombre muerto, uno de sus tripulantes.

Ciril asintió. Aquella muerte le causaba un dolor muy profundo, tan profundo que prefirió no replicar a Rugan y dándole la espalda se alejó de él.

CAPITULO VI

La Ferm 11-9 entró en la órbita del planeta Kramon. Nadie había podido olvidar la muerte de Srother.

Goliath maullaba lastimero dentro de una jaula y Gisela estaba preocupada por un *klínex* esterilizado que había encontrado en la papelera del laboratorio modular, un *klínex* manchado de sangre...

La sangre hallada en el pañuelo esterilizado pasó al microscopio electrónico y a otros aparatos de medición hasta que Gisela tuvo una ficha completa. Cuando creyó que nadie iba a descubrirla, tecleó en una terminal de datos de la computadora central, pidiendo los datos sanguíneos del fallecido Srother.

Empezó a comparar los datos recibidos cuando fue sorprendida por una voz que sonó muy cerca de su oído.

—¿Coinciden?

—¡Ah!

Al volverse descubrió a Ciril. Trató de ocultar las notas, pero la mano del hombre se las quitó de entre los dedos sin que ella ofreciera resistencia.

Ciril observó lo que había escrito allí y luego dijo:

—Los datos son exactos. ¿Dónde has encontrado la sangre?

—Estaba revisando los datos de la sangre de Srother.

—¿Por qué?

—¿Tengo que responder?

—Has encontrado la sangre en alguna parte, ¿verdad?

—¿Es un interrogatorio?

—Srother era un buen hombre, un excelente amigo para mi y como miembro de la tripulación, inapreciable. Ha muerto de forma muy desagradable y lo que es peor, puede morir alguien más.

—No, ya no morirá nadie más.

—¿Por qué lo dices con tanta seguridad?

—Porque Goliath está en la jaula.

—¿Seguro que fue Goliath?

—Creo que sí.

—¿Por qué?

—No quiero responder a más preguntas.

—¿Te niegas?

—Sí —replicó Gisela mirándole desafiante a los ojos.

—¿Sabes lo que significa negarse a obedecer las órdenes del comandante de una cosmonave en navegación espacial, máxime cuando ha habido una muerte?

—Sé perfectamente que eres la máxima autoridad y que puedes tomar decisiones drásticas. Sé que puedes encerrarme en una celda y entregarme a la policía al regreso al planeta Tierra.

Ciril mantuvo su mirada fija sobre los ojos femeninos.

—Si tú dices que ha sido el gato, lo creo, pero la doctora Inge tiene demasiado interés por ese gato. Vigila que siga a buen recaudo porque, si lo encuentro fuera de la jaula, lo exterminaré.

—Lo comprendo. ¿No vas a encerrarme?

—No, claro que no. Es lógico que protejas a la doctora Inge. Después de todo, ella sólo hace que proteger al gato mimado.

Gisela se fue al laboratorio modular al cual sólo tenían acceso las dos científicas. Aquel laboratorio transportable no tenía más que cinco metros cuadrados de base y dentro de él estaban muy bien ordenados los aparatos de alta investigación.

El armarito utilizado como jaula para retener al gato estaba abierto y el felino no se veía por parte alguna.

Gisela, que iba dispuesta a cerrar el armarito de forma que no fuera fácil abrirlo, se preocupó.

Abandonó el laboratorio y se dirigió al camarote de la doctora Inge que se hallaba descansando en su litera al tiempo que leía unos trabajos de investigación que iban apareciendo escritos en la pantalla que tenía frente a ella.

—Doctora Inge…

—¿Qué sucede ahora, Gisela?

—¿Y el gato?

—¿Goliath?

—No hay otro gato —replicó Gisela, un tanto impaciente.

—¿Qué pasa ahora con Goliath?

—¿Dónde está?

—Pues, en el laboratorio, dentro del armarito que se ha convertido en su celda.

—Allí no está —replicó Gisela, tajante.

La doctora Inge desconectó la terminal de video y se incorporó en la litera preocupada.

—¿Seguro que Goliath no está en el laboratorio?

—Acabo de comprobarlo.

—¿Lo han eliminado?

—No, no lo creo.

—Lo querían eliminar porque lo consideran un gato asesino y sólo es un animal mimoso e inteligente.

—Hace un minuto que he estado hablando con el comandante Ciril.

—El quiere eliminarlo.

—No creo que lo haya hecho, más bien me inclino a pensar que ha escapado.

—Goliath, mi pobre Goliath, ha desaparecido.

—Doctora Inge, un ser humano ha muerto y es mucho más importante que un gato.

—No creo que haya sido él, no lo creo —insistió categórica.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé, habrá que buscarlo. Si ha escapado por la

dependencias de la nave hasta puede morir de hambre.

—Seria mejor que no pasara hambre; si es un animal peligroso y se irrita por hambre, será más peligroso aún.

—Yo me ocuparé de buscarlo, no quiero que muera. Es muy inteligente.

Gisela no comprendía aquel amor por el gato, un amor que ya comenzaba a parecer irracional.

Regresaron al laboratorio cuya puerta seguía abierta sin que Goliath apareciera. A la doctora Inge le molestó la situación.

—Eso es que se lo han llevado.

—El comandante Ciril no lo ha hecho.

—Pues alguien se lo ha llevado. Hay otros tripulantes que habrán querido vengarse en el gato.

—Vamos, doctora Inge, si no ha sido el gato, ¿quién ha podido ser?

La doctora se quedó mirando fijamente a su ayudante. Una pregunta tan simple y concreta no la esperaba.

—Pues, no sé, a menos que se haya suicidado.

CAPITULO VII

—El punto de contacto en el planeta Kramon debe ser siete veinte «P» ciento doce cero dos «M» —pidió Rugan personándose en la sala de control donde se hallaban Herrero, Owo y el propio Ciril, que ordenó:

—Owo, pon en pantalla el punto de cruce de las coordenadas que nos acaba de dar Rugan.

—Ahora mismo.

La pantalla se iluminó tras teclear Owo en ella y de inmediato se vio la superficie del planeta Kramon, un planeta que debía tener agua en más de un ochenta por ciento de su superficie y el resto, tierra.

—Es un lago —comentó Ciril, ordenando—: aumenta la visión.

Owo maniobró en una ruedecita de mando y el lago se fue ampliando hasta verse con mucha claridad, incluso toda la orilla.

—Es un lago pequeño —opinó Owo.

—¿Qué es lo que hay en su centro? —preguntó Herrero—. Parece una nave.

—Lo es —ratificó Rugan.

—¿Conoce a la gente? —preguntó Ciril mirándole de frente.

—Son amigos.

—¿Hemos de tomar contacto en el propio lago? —preguntó Owo.

—No, la cosmonave ha de posarse en suelo firme —rechazó Ciril, añadiendo—: Consumiríamos un exceso de energía y hay que pensar en el regreso. Si consumimos demasiada energía, el impulso de salto espacial para el regreso se rebajará a la mitad o menos, lo que hará que se duplique el tiempo de viaje. Puede ser tan peligroso que no lleguemos a nuestro planeta por velocidad lenta hasta dentro de millones de años terrícolas. Tener una gran potencia de impulso en el salto espacial es primordial.

Rugan dijo:

—Se puede estacionar la cosmonave en el lugar más adecuado,

pero cerca de la orilla.

—Fijaos qué curioso —señaló Herrero.

—¿Curioso el qué? —preguntó Ciril.

—El planeta tiene abundante vegetación. En cambio, en torno al lago, en un radio de medio centenar de kilómetros, no hay nada.

—Aumenta la potencia de observación hasta descubrir si hay microorganismos —ordenó Ciril.

Owo asintió y, al poco, tras examinar el suelo pedregoso, respondió:

—No hay absolutamente nada, me refiero a vida. Es muy raro, porque en los desiertos de los planetas con abundante vegetación siempre hay vida de seres diminutos, insectos, arácnidos, reptiles, microorganismos. En cambio, aquí no hay nada, es como si lo hubieran calcinado todo.

—Es un desierto —opinó Rugan.

—¿Un desierto con agua? —se asombró Herrero—. Sería un oasis, habrían crecido palmeras o lo que se estile por este lugar, salvo que el agua esté envenenada.

—Owo, investiga ese lugar —exigió Ciril—. Quiero datos antes de llevar a cabo la maniobra de aproximación.

—Tendrás los datos en cinco minutos —replicó Owo.

—¿Dónde está el gato? —preguntó la doctora Inge irrumpiendo en la sala de control.

—Usted sabrá, doctora, pero si lo veo, tendré que exterminarlo. Por culpa de su desaparición todos llevamos armas colgando de los cinturones —le dijo Ciril molesto, mostrando en su mano el arma que también él llevaba.

—Parece increíble que se hayan armado por temor a un gatito vespuciano.

—Un miembro de la tripulación ha muerto a zarpazos.

—¿Quién más lleva garras a bordo de esta cosmonave? —preguntó Rugan.

—No lo sé, pero el gato no aparece.

—Es raro —observó Ciril—. Tendría que comer, a menos que esa clase de gatos sean capaces de pasarse largos períodos de tiempo sin alimento. ¿No tendrá la facultad de la autohibernación y se ha escondido en algún agujero donde se ha aletargado?

—No lo sé, lo seguiré buscando.

—Doctora, cuando tengamos unos últimos datos que nos faltan descenderemos sobre el planeta. ¿En qué lugar debemos depositarla a usted y a su laboratorio?

—¿A mí?

—Sí, a usted. Ha pagado por algo, ¿no?

—Sí, claro. Tiene que dejarnos junto al lago.

Ciril frunció el ceño.

—¿Cómo sabía que había un lago?

—Es que yo voy a las coordenadas siete veinte «P» y ciento doce dos «M».

—Está bien, pues prepárese, porque dentro de muy poco vamos a descender.

—Sí, en seguida, pero si alguien ve a mi gato, por lo menos que me lo diga y no lo ataquen, ya lo cogeré yo misma.

Rugan gruñó:

—Esta mujer está loca.

—¿Qué hay ahí abajo que han coincidido los dos en las mismas coordenadas? —quiso saber Ciril.

—Una cosmonave —respondió Rugan.

—¿De quién?

—De Xomik.

—¿Quién es Xomik? —volvió a preguntar Ciril.

—Un ser inteligente que nada tiene que ver con nuestra civilización terrícola, digamos que es un buen cliente de mi compañía.

—¿Y qué le vende?

—Eso, a usted no le importa.

—¡Ciril! —interpeló Owo.

—¿Sí?

—El análisis telespectrográfico del agua no evidencia veneno alguno, aunque sí hay una cierta radiactividad.

—¿Emana de la cosmonave que hay abajo?

—Parece ser que sí, puesto que los reims aumentan más cerca de la nave, aunque no es nada inquietante.

—Preguntaremos a Snoopy.

Consultaron a la computadora y ésta respondió:

—Se recomienda trajes de protección ligeros Tres-B.

—Bien —aceptó Ciril—, lo tendremos en cuenta. Herrero, intenta comunicarte con los seres de la nave que está en el lago.

—Ya lo estoy intentando, pero tengo interferencias, todas las interferencias que hemos tenido desde que nos alejamos de nuestro planeta Tierra, aunque más desvaídas. De esa cosmonave no sale ninguna clase de mensaje, parece que no haya nadie dentro.

—Descenderemos. Hay que tener listos los cañones de flash.

—¿Por qué los cañones de flash? —inquirió Rugan.

—Porque desconozco esa cosmonave y a quienes están dentro y usted se niega a proporcionarnos datos sobre ella.

—Son amigos, sólo que no conocen nuestro idioma ni nuestros sistemas de telecomunicación.

—Y si no tienen nuestros mismos sistemas de telecomunicación, ¿cómo se intercomunican con usted?

—Conmigo no se intercomunican.

—¿Ah, no, con quién entonces?

—Con los altos ejecutivos de la empresa a la que pertenezco.

—¿Y cómo se comunicará ahora con ellos?

—Yo sigo órdenes.

—¿Cuáles son?

—Lo siento, sólo puedo revelar los datos a medida que se produzcan los acontecimientos.

—Le preguntaba antes qué era lo que hay dentro de los containers.

—Material electrónico.

Herrero estalló:

—¡Al fin lo ha dicho!

—¿Seguro que es material electrónico? —preguntó Ciril, receloso.

—Sí, pero de alta sensibilidad, no les puede dar ni el aire. Están cerrados al vacío y con protecciones especiales para que no surjan averías.

—¿Puede tratarse de material para reparar esa cosmonave? —preguntó Ciril tratando de sonsacar la verdad por la vía de la hipótesis.

—Lo ignoro, sólo soy el encargado del transporte.

—Está bien, veremos lo que dice la doctora Inge.

Owo dijo:

—Se ha marchado a su camarote.

—Vamos a descender.

La Ferm 11-9 descendió majestuosamente sobre el planeta, no tuvo problemas en el rozamiento con la atmósfera que fue analizada automáticamente por los sensores de la cosmonave.

En pantalla se podía ver claramente el lago sobre el que descendían y no existía vida en los alrededores. Sí habían detectado que en otros lugares del planeta había metrópolis, aunque muy distintas a las construidas en el planeta Tierra.

Eran metrópolis levantadas a base de edificios bajos y en medio de los grandes bosques, como respetando los árboles que eran altos y con gran follaje, cubriendo en gran parte las construcciones.

—Manteneos alerta —ordenó Ciril—. Quiero diez sensores

dirigidos a esa nave que flota en medio del lago: Cualquier vibración, cualquier sonido que se produzca en ella, quiero conocerlos. Apuntadla con dos cañones flash—. Abrió el intercomunicador y llamó:

—¡Mohamed!

—Te oigo, Ciril.

—Ven a la sala de control, vas a ocuparte de los cañones flash.

—Ahora voy —dijo el fornido negro.

—¿Todo está bien? —preguntó Gisela apareciendo en la sala.

—Sí, todo bien. Ahí delante, en el lago, está la nave.

—¿De qué nave se trata?

—¿Cómo?, ¿tú no lo sabes? —preguntó Ciril.

—¿Saber el qué? —replicó ella con expresión confundida.

El fornido negro Mohamed se acomodó en la butaca especial que se hallaba dispuesta para combatir, aunque el combate también podía controlarse desde la butaca del propio Ciril.

Mohamed tenía a su disposición dos terminales de datos complementarios que le informaban instantáneamente de la posición, velocidad y volumen que podía tener el enemigo atacante.

La nave que flotaba en el pequeño lago de aguas negras quedaba centrada en la pequeña pantalla de combate. Un círculo partido por una cruz rodeaba la imagen de la nave.

Mohamed sabía que bastaría pulsar un par de botones para que los cañones flash disparasen sus rayos destructores.

Ciril salió de la sala de control llevándose a Gisela. Cuando ya nadie les oía, le preguntó:

—¿No sabes nada de los planes de la doctora Inge.

—Respecto a la misión en este planeta, no. La verdad es que en esta ocasión no se ha confiado a mí.

—¿Por qué?

—No lo sé, es una situación excepcional. Desde que colaboro con ella participo en todas sus investigaciones y me ha estado

contando todos los pormenores de los trabajos y yo diría que lo ha hecho con alegría para que yo aprenda cuanto ella sabe, que es mucho.

—¿Y por qué en esta ocasión no se ha comportado así?

—Lo ignoro. Sólo sé que decidió venir a este planeta así de pronto, sin habérmelo contado con anterioridad.

—Pero, algo habrá dicho.

Ante la insistencia de Ciril, Gisela respondió:

—Me dijo que teníamos que ver a Xomik.

—¿Y quién es Xomik?

—Lo ignoro, quizás el que está dentro de esa cosmonave que flota sobre el lago. Te aseguro que yo no le conozco, no lo he visto jamás.

—Pero, tendréis algún escrito, alguna comunicación, alguna cinta de video.

—Nada, que yo sepa.

—¿No crees que todo es muy extraño?

—Sí, me parece que lo es.

—¡Gisela!

Ambos se volvieron hacia la doctora Inge. La interpelada observó que la eminente científico estaba molesta, su actitud era de reproche, quizá más, parecía al borde de la ira.

—¿Qué sucede?

—¿Qué le estás contando?

Gisela sintió dentro de sí un despertar de rebeldía, de deseos de réplica. Hasta aquel momento, la doctora Inge, jamás se había dirigido a ella en aquel tono.

—Estaba hablando con el comandante Ciril y no creo que pueda molestarle.

—Pues, me molesta, estás bajo mis órdenes.

—Estoy a sus órdenes pero hasta cierto punto; no soy su esclava

ni estoy bajo una disciplina miliciana.

—¿Cómo te atreves a replicarme después de todo lo que he hecho por ti?

Gisela desvió su mirada hacia Ciril. Suspiró y luego le dijo:

—Seguiremos hablando. Creo que la doctora Inge está excesivamente nerviosa, esperaremos a que se tranquilice.

Ciril asintió con la cabeza y la muchacha se alejó, no hacia la doctora Inge si no en dirección contraria.

—Gisela, ¿adonde vas?

Gisela se detuvo, pero no se volvió hacia la doctora Inge para responder.

—Voy a mi camarote a descansar. Hasta luego, doctora Inge. Si surge algún problema, me llama, pero no olvide que soy un ser humano-orgánico y tengo mis necesidades de descanso y también mis derechos y sentimientos.

Dicho esto, se alejó.

La doctora Inge apretó los labios por unos momentos pero los volvió a abrir para reprocharle a Ciril:

—No acose a Gisela, déjela en paz.

—Doctora Inge, se pasa usted. En esta cosmonave quien manda soy yo, usted no puede darme ninguna clase de órdenes aunque haya pagado porque la traiga hasta este planeta. Por cierto, ¿quién es Xomik?

La doctora Inge no quiso responder, le dio la espalda y se alejó también dejando a Ciril solo en el corredor.

Este se encaminó hacia la bodega para comprobar que todo allí estaba bien, aunque en realidad no era necesario, pues le habría bastado comunicarse con Tagar desde la sala de control, pero quería moverse.

—¡Ciril!

—Ah, Tagar, iba a verte.

—¿Sí? Pues, ven rápido.

—¿Qué pasa?

—Ven —insistió el fornido Tagar.

Ciril frunció el ceño; simplemente por la expresión de Tagar comprendió que algo no marchaba bien, pero prefirió ver a preguntar.

Tagar se detuvo y entre dos containers señaló hacia el suelo.

—Míralo.

Ciril descubrió el cadáver allí caído, desmadejado. No parecía que jamás hubiera sido un ser vivo.

—¡Sal!

—Sí, se lo han cargado. Es evidente que no se trata de un accidente.

Ciril se inclinó sobre el cadáver para observarlo con mucha atención.

La sangre de los seres inteligentes de Zempo se azulaba al contacto con el oxígeno del aire y en vez de ser rojo, el charco era azul, pero no dejaba de ser sangre.

—Ha muerto a zarpazos, lo mismo que Srother.

—¿No te parecen el mismo tipo de zarpazos?

—Sí, yo diría que son los mismos. Se podrá precisar más midiendo la separación entre las garras, aunque yo diría que son las mismas.

—¿El gato?

Ciril, sin mirar a Tagar mientras seguía inspeccionando, preguntó:

—¿Hay algún otro ser con garras a bordo?

—Que yo sepa, no, salvo que la doctora Inge lleve alguna bestia oculta dentro de su laboratorio.

—O esa bestia permanezca escondida dentro de alguno de los containers y salga de vez en cuando para matar.

Tagar retrocedió un par de pasos y miró con recelo los contenedores metálicos que, por lo menos en apariencia, seguían herméticamente cerrados.

—¿Qué haces, Tagar?

—Preparar mi polipistola.

—¿Crees que esa bestia que se esconde dentro de la cosmonave podría matarte a zarpazos a ti también?

—¿Y por qué no? El zemponita Sal era muy fuerte y tenía cuatro brazos. La bestia que lo ha sorprendido ha de ser tan astuta como poderosa y muy fuerte, no cabe duda, porque Sal me ganó a mí limpiamente.

Ciril miró a Tagar, aquel hercúleo terrícola que pasaba largamente de los cien kilos de peso y no tenía grasa en el cuerpo porque practicaba gimnasia y halterofilia constantemente en el pequeño gimnasio que poseían en la Ferm 11—9.

—Es cierto, esa fiera es de temer. Lo que no me explico es porque ha atacado a Sal y lo ha asesinado.

—¿Quién sabe? —dijo Tagar—. Quizás Sal había descubierto a la bestia o el lugar donde se ocultaba.

—Eso es tanto como pensar que la bestia de las garras tiene inteligencia.

—El gato vespuciano tiene una inteligencia nada común en los gatos, ¿no es verdad?

—Sí, eso se comenta. Su inteligencia es superior a la de los chimpancés terrícolas.

—Y si además tiene la perversidad de un felino…

—¿Tú crees que un felino tiene perversidad?

—Hum, no sé, no sé —respondió Tagar tratando de justificar su opinión—. Siempre se ha dicho que los gatos son malignos.

—Es cierto, son malignos pero también mimosos y un gato, aunque sea vespuciano, no puede causar esas heridas. La garra que mató a Srother y que acaba de asesinar al zemponita Sal es tan grande como tu mano, Tagar, y la zarpa de gato es muy pequeña.

—¿Y esa historia de que el gato se agiganta solo porque sus células son cambiantes?

—Es una leyenda más que una historia y todavía no lo he comprobado.

—¿Entonces, hemos de pensar que el gato vespuciano tiene un hermano gigante a bordo de esta cosmonave?

—Si a bordo hay un gato gigante, lo encontraremos —sentenció Ciril.

—Sí, lo encontraremos y acabaremos con él.

—Lo extraño es...

—¿El qué? —inquirió Tagar interesado.

—Que Sal no tiene heridas en los brazos como sí las tenía Srother.

—Es cierto, no tiene zarpazos en sus brazos y eso que tenía cuatro. ¿Qué crees que significa?

—Más o menos que no se ha defendido.

—¿Y por qué no se ha defendido con lo fuerte que era?

—No lo sé, pero vamos a hacer una cosa.

—Tú dirás, Ciril.

—Lo vamos a meter en una cápsula criogénica sin que nadie se entere.

—¿Por qué?

—Vamos, Tagar, carga con él y no hagas preguntas. No digas nada a nadie sobre esta muerte.

—¿Es un secreto?

—Sí, un secreto importante. Es posible que de este secreto dependa la vida de todos.

—En ese caso, soy mudo —dijo Tagar.

Cogiendo el cadáver de Sal por los pies, lo sacó de donde estaba para luego cargar con él.

CAPITULO VIII

Ciril y Mohamed habían salido de la Ferm 11-9 equipados con los trajes Tres-B de protección ligera contra las débiles radiaciones que

existían en aquel lugar ignoto de un planeta que era un misterio para ellos, un planeta en el que la Confederación Terrícola aún no había puesto sus pies de forma oficial, aunque sí habían pasado por allí algunas cosmonaves terrícolas sin llegar a detenerse.

—¿Qué tipo de nave crees que es? —preguntó Mohamed.

Ciril, observando la cosmonave que flotaba sobre las aguas a algo más de medio kilómetro de distancia, respondió:

—Es una cosmonave plato-abombada en su centro.

—Sí, pero muy lisa en el aspecto exterior.

—Una cosmonave de líneas aerodinámicas pensada para desplazarse, además de por el cosmos, por el interior de las atmósferas sin tener muchas dificultades de rozamientos.

—Es suave y fina como un huevo, no tiene marcas, faros ni ventanas ni se le ven objetivos de telecámaras. Desde afuera es difícil saber lo que hay dentro.

—Si hay alguien dentro tendría ya que haber asomado la cabeza. Hemos armado mucho follón al tomar contacto con nuestra cosmonave en este planeta.

—Sí, los motores hacen ruido y el suelo tiembla. Nuestra cosmonave tiene un considerable tamaño, yo diría que es el doble de grande que esa que flota sobre las aguas.

—Sí, pero no hay que confiarse demasiado.

Mohamed preguntó:

—¿Cuándo crees que darán señales de vida?

—No lo sé, Rugan se niega a dar explicaciones y la doctora Inge tampoco suelta prenda.

—¿Y es cierto que la ayudante no sabe nada?

—Creo que dice la verdad.

—Si los que están ahí dentro saben que estamos afuera y no dan señales de vida es que nos tienen miedo.

—Es lo que cabe suponer.

—¿Por qué no le damos unos toquecitos?

—¿Te refieres a enviarles una andanada de ultrasónicos controlados?

—Sí, sería como llamarles a la puerta para que por lo menos abran una ventana y les veamos la cara.

—De todos modos, lo que quería Rugan era venir aquí, así que después de descargar los containers nos largaremos.

—¿Y la doctora Inge?

—Le dejaremos aquí su laboratorio y a ella, por supuesto.

—¿Vamos a abandonarlas aquí con esos desconocidos? —preguntó Mohamed.

—No, creo que no las podemos dejar solas aquí —admitió Ciril—. Ya veremos cómo solucionaremos este asunto, es un problema que no quieran revelarme nada. Estoy harto de tanto secreto, aunque a veces… —Se calló, pensativo.

—¿A veces qué? —insistió Mohamed—. Esa cosmonave está silenciosa y tranquila, no parece agresiva.

—No hay que confiarse.

—¿Bajamos ya los containers?

—Sí, y que luego Rugan haga lo que quiera.

Mohamed regresó a la rampa que desde la gran compuerta de la bodega descendía hasta el suelo. Ciril habló por el intercomunicador que llevaba en la muñeca.

—¡Herrero!

—Te oigo bien. ¿Alguna novedad por fuera?

—Nada, sólo que los rayos de la estrella Auria son muy fuertes.

—Sí, hay una temperatura de cuarenta y un grados ¡Celsius.

—Ya estoy sudando.

—Posiblemente, cuando el día de este planeta muera, aquí hará bastante frío.

—Conque descienda un poco la temperatura será suficiente.

Owo preguntó por el intercomunicador:

—¿Dónde está Sal?

—Debe andar por ahí, voy a vigilar los trabajos de Tagar y Mohamed. Decidle a Rugan que los containers van a ser desembarcados, si quiere controlar los trabajos puede hacerlo.

Gisela, también vestida con el traje de protección, descendió por la rampa y fue directamente al encuentro de Ciril.

—¿Cómo está todo?

—Parece que bien, aunque no me fío de esa nave que no da señales de vida. ¿Ha dicho algo la doctora Inge?

—No, no ha dicho nada.

—Pues, vamos a descargar el laboratorio aquí y que haga con él lo que quiera.

—¿Y nosotras?

—Os quedaréis aquí con vuestro laboratorio. Es una pena porque me caes bien, Gisela, y me gustas, ahora que hemos llegado puedo decírtelo. No es bueno cortejar durante un viaje espacial.

—Un momento, un momento —pidió Gisela—. ¿Quieres decir que nos vais a dejar aquí y que luego os marcharéis?

—Eso es lo previsto.

—No es posible.

—¿Por qué no?

—Porque no podéis dejarnos aquí abandonadas, no podéis, aquí no hay nadie. No existe ninguna colonia terrícola en la que refugiarnos. Dejarnos aquí es como abandonarnos a nuestra suerte en un planeta desconocido.

—Más o menos —respondió Ciril sin afectarse.

—Pero ¿cómo es posible?

—Yo no he previsto esta situación, ha sido la doctora

Inge. Ella ha pedido venir aquí con su laboratorio. Por lo visto, su objetivo es esa nave que flota sobre el lago. Ahí dentro, siempre según la doctora Inge y el propio Rugan hay un ser inteligente que se llama Xomik.

—Yo no sé quién es, te lo juro.

—La doctora Inge sí la sabe y no quiere decir nada. Ella ha pagado porque os trajéramos y en el contrato no se me obliga a quedarme aquí.

—Pero, estaremos aquí sólo por unos períodos, por un tiempo limitado.

—Que diga la doctora Inge cuántos períodos de veinticuatro horas serán; tengo que saberlo o de lo contrario me marcharé y ya veremos quien pasa a recogeros, a menos que esa nave de Xomik sea la que os traslade a alguna colonia espacial de la Confederación Terrícola donde os podáis sentir como en casa.

—Y Rugan, ¿qué hará?

—Vamos a desembarcar sus containers, le daremos un período de tiempo y luego decidirá si quedarse con el misterioso y desconocido Xomik o regresar con nosotros.

—Todo suena como una amenaza.

—No es una amenaza, es que la cosmonave no se puede pasar el tiempo aquí. Ha sido construida para cruzar los espacios interestelares, ése es su destino. Nos hallamos muy lejos del planeta Tierra, un fallo aquí podría impedirnos regresar a nuestro mundo.

A Gisela, que no le gustaba la perspectiva de ser abandonada en aquel lugar junto a la doctora Inge y como máximo en compañía de Rugan, sin defensa posible ante el ataque de desconocidos, fue en busca de la doctora Inge y se encaró con ella.

—¿Cuáles son sus propósitos? —le preguntó directamente

—No te entiendo, Gisela y te diré que últimamente no me gusta como te comportas.

—En ese caso, doctora, usted puede quedarse en este planeta con el laboratorio y yo regreso con los cosmonautas a la Tierra.

—¿Cómo, serías capaz de abandonarme ahora? —Su rostro reflejó sorpresa, casi indignación.

—No tengo interés en abandonarla, doctora Inge. Se lo he dicho muchas veces, la considero la más eminente de las investigadoras en Biología e Ingeniería genética, pero usted no ha confiado en mí. Usted me pide que la siga a ciegas y nos hallamos en un mundo desconocido,

frente a una nave que flota en las aguas de ese lago sin emitir señales de vida. ¿Cuál cree que será nuestra suerte si nos quedamos aquí?

—No nos ocurrirá nada malo; tenemos un futuro grandioso, un futuro que inteligencias vulgares no pueden comprender, un futuro lleno de sorpresas.

—¿Qué clase de sorpresas? —quiso saber Gisela, recelosa.

—Avances científicos, logros con los que ni siquiera hemos llegado a soñar. Avanzaremos por el camino de la ciencia a la velocidad de la luz.

—Habla como si hubiera un maestro esperándonos...

—Así es, Gisela, así es.

—¿Xomik?

—Tú lo has dicho.

—Pero, ¿quién es, cómo es?

—Lo sabrás en su momento, has de tener plena confianza en mí.

—¿Usted lo conoce personalmente?

—Por favor, no hagas más preguntas ahora. Sé que van a desembarcar mi laboratorio, ¿has visto al gato?

—No. Es como si por una escotilla de la cosmonave hubiera saltado al vacío, perdiéndose para siempre en los espacios intergalácticos.

—No ha sido así, Goliath está vivo, vivo y en la cosmonave, yo lo sé, Gisela, lo siento.

—Doctora Inge, ¿está tratando de decir que existe una intercomunicación telepática entre Goliath y usted? —se asombró la muchacha.

—No hagas más preguntas, Gisela, no las hagas porque ahora no te puedo responder, tengo mucho que hacer...

CAPITULO IX

Los transportadores que llevaba la propia Ferm 11-9 dejaron los containers junto a la orilla del lago.

El laboratorio también había sido desembarcado y la doctora Inge y Gisela estaban dentro de él, revisándolo todo.

El laboratorio modular, que podía ser transportado de un lugar a otro, carecía de ventanas. Su sistema de aireación quedaba controlado por un pequeño ordenador que ponía en marcha un succionador de aire y era purificador al mismo tiempo.

Sólo un cristal rectangular puesto en vertical en la puerta permitía ver el exterior, y desde él sólo divisaban la cosmonave Ferm 11-9, que estaba como a unos doscientos metros de donde fuera depositado el laboratorio modular y los containers.

Gisela estaba algo nerviosa; no era lo mismo hallarse, dentro del laboratorio modular autónomo cuando éste estaba protegido dentro de la cosmonave terrícola, que estar allí fuera junto a las aguas casi siniestras del lago.

Rugan no se había quedado afuera con sus containers si no que permanecía en el interior de la cosmonave terrícola.

En la sala de control, Ciril, ceñudo y preocupado, estaba junto a Herrero y Owo.

—El día está muriendo —observó Owo—. Este planeta tiene dos lunas pero son lejanas y pequeñas, no creo que reflejen suficiente luz.

Ciril dijo:

—Llamaremos a las mujeres para que regresen a bordo

Efectivamente, el día moría con mucha rapidez. Herrero que miraba directamente por una de las ventanas que daban al exterior, observó:

—Se levanta la niebla.

—¿Del lago? —preguntó Ciril.

—Sí, todo lo demás está muy seco. La niebla escapa de lago, es como si alguien estuviera calentando sus aguas

—¿Será la nave? —preguntó Owo.

—Comprueba con los sensores si aumenta la temperatura. Si se calienta el agua es que la nave que flota en el lago está en funcionamiento y desprende energía térmica.

—Cada vez hay más niebla; entre ella y la noche no se va a ver nada.

Ciril encendió los focos y apuntó con uno muy potente hacia el laboratorio modular. Owo comentó:

—La niebla se hace tan espesa que rompe el haz de luz y lo vuelve difuso, no conseguiremos traspasarla.

—Doctora Inge, Gisela, ¿me oyen? —llamó Ciril desde su butaca de comandante.

Aguardaron respuesta. Ciril insistió con la llamada sin que se produjera contestación.

—¿Se les habrá estropeado los intercomunicadores? —preguntó Herrero volviéndose hacia Ciril.

—Es una posibilidad, remota pero una posibilidad.

—¿Qué hacemos? —inquirió Herrero.

—Voy a llamarlas por el sistema de megafonía exterior. Pondré alta potencia en decibelios y tienen que oírme aunque estén encerradas dentro de su módulo.

Abrió unas conexiones. Vio la luz verde y habló ante el micrófono.

—Doctora Inge, Gisela, ¿me oís?

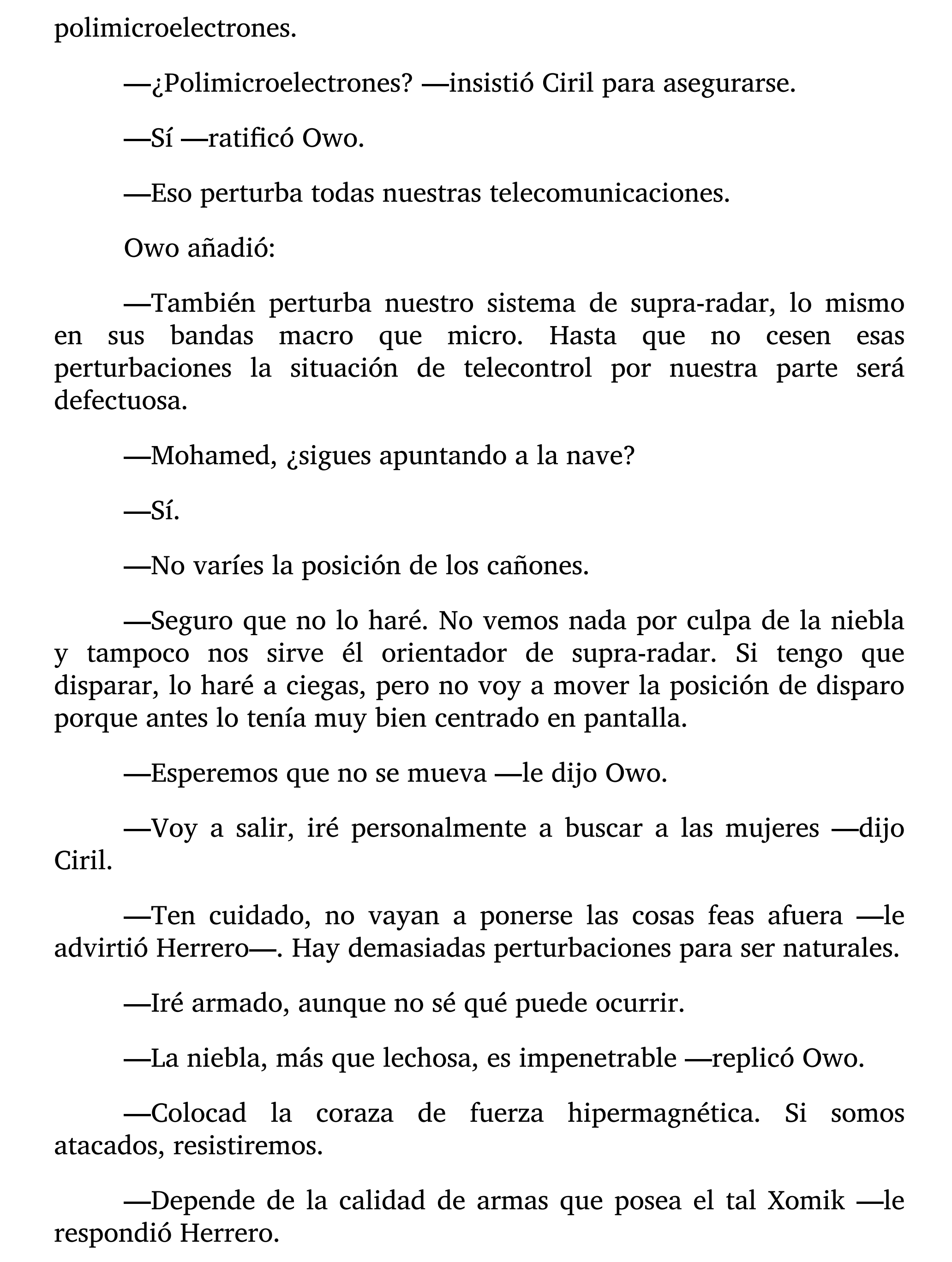
—¿Cómo van a responder? —preguntó Herrero, medio bromeando.

Owo advirtió en aquel momento:

—Ha aparecido un campo de fuerza que aumenta de intensidad.

—¿Dónde está ese campo de fuerza? —preguntó Ciril, vivamente interesado, comprendiendo que la nave del lago tenía mucho que ver en ello.

—Sale de la nave y tenemos una tempestad de



polimicroelectrones.

—¿Polimicroelectrones? —insistió Ciril para asegurarse.

—Sí —ratificó Owo.

—Eso perturba todas nuestras telecomunicaciones.

Owo añadió:

—También perturba nuestro sistema de supra-radar, lo mismo en sus bandas macro que micro. Hasta que no cesen esas perturbaciones la situación de telecontrol por nuestra parte será defectuosa.

—Mohamed, ¿sigues apuntando a la nave?

—Sí.

—No varíes la posición de los cañones.

—Seguro que no lo haré. No vemos nada por culpa de la niebla y tampoco nos sirve él orientador de supra-radar. Si tengo que disparar, lo haré a ciegas, pero no voy a mover la posición de disparo porque antes lo tenía muy bien centrado en pantalla.

—Esperemos que no se mueva —le dijo Owo.

—Voy a salir, iré personalmente a buscar a las mujeres —dijo Ciril.

—Ten cuidado, no vayan a ponerse las cosas feas afuera —le advirtió Herrero—. Hay demasiadas perturbaciones para ser naturales.

—Iré armado, aunque no sé qué puede ocurrir.

—La niebla, más que lechosa, es impenetrable —replicó Owo.

—Colocad la coraza de fuerza hipermagnética. Si somos atacados, resistiremos.

—Depende de la calidad de armas que posea el tal Xomik —le respondió Herrero.

—Bien, permaneced atentos y que la coraza hipermagnética quede colocada.

Mohamed advirtió:

—Con la coraza no podremos disparar el flash-cannon.

—Si no puedes apuntar bien, de poco serviría. En estos momentos es mejor actuar a la defensiva.

—¿Y Rugan qué opina? —preguntó Mohamed.

—No sé —respondió Ciril—, ni siquiera sé dónde se encuentra, quizás esté en su camarote.

Salió del corredor. Al pasar frente a la puerta que correspondía al camarote de Rugan, escuchó unos angustiosos maullidos. Se detuvo.

Pulsó el botón que quedaba al alcance de su mano y la puerta se abrió. Rugan no había colocado el seguro electrónico interior, en realidad era porque Rugan no estaba allí, pero sí el gato vespuciano que levantó la cabeza para mirar a Ciril con sus ojos púrpura.

—Vaya, al fin apareciste...

Miró hacia el interior del camarote.

—¡Rugan!, ¡Rugan! —interpeló.

No estaba. Ciril se inclinó sobre el felino y lo recogió.

—Ya tengo un motivo para que la doctora me reciba con una sonrisa —se dijo.

Cargado con el gato, se alejó, colocándose el yelmo protector antirradiaciones.

Protegido, armado y con el gato cogido en su brazo izquierdo, salió de la cosmonave Ferm 11-9.

De inmediato comprobó que la densidad de aquella niebla surgida del lago era impenetrable a la vista humana, pese a los focos de la Ferm 11-9 que trataban de iluminar su entorno. La niebla convertía aquel lugar en terriblemente siniestro.

—Encontraremos el laboratorio, ¿verdad, minino? —le dijo al gato—. La doctora Inge te quiere mucho y se va a llevar una sorpresa muy agradable al verte. Quizás Rugan esté con ellas, en fin, ya lo comprobaremos. Aunque no vea nada, no me puedo equivocar, las luces de mi cosmonave se ven, hay una cierta luminosidad en la niebla.

—¡Miauuuu!

De súbito, Goliath saltó con gran fuerza del brazo de Ciril y se alejó saltando y corriendo sobre sus silenciosas y almohadilladas

patas.

—¡Minino, espera!

Corrió tras el gato, que desapareció engullido por la niebla. Bruscamente, Ciril se dio cuenta de que había pisado agua. Estaba al borde del lago y corría el riesgo de caer en él, ya que ignoraba la profundidad que podía producirse en el lago dando sólo un par de pasos.

Retrocedió hasta encontrar terreno firme, sin agua, y quedó quieto.

Como un gran resplandor en la niebla le indicaba en qué dirección estaba su cosmonave.

—Diablos, ¿dónde estará el laboratorio? No se ve su luz.

Notaba la irritante sensación de las perturbaciones magnéticas y comenzó a oír un rumor de motores acercándose.

—¿Qué será eso? —gruñó para sí.

Un escuadrón de aeronaves avanzaba volando a algo más de mil metros de altura. El ruido de sus motores, primitivos para la ciencia terrícola pero muy efectivos, resultaba ensordecedor.

Ciril comprendió que la milicia volante de la etnia que habitaba aquel planeta avanzaba sobre ellos y él ignoraba con qué malignas intenciones.

—¡Herrero, Herrero! ¿Me oyes? —llamó por el intercomunicador.

Repitió varias veces la llamada y como respuesta sólo obtuvo ruidos ininteligibles. Las perturbaciones de toda índole eran completas y el ruido ensordecedor.

Comenzó a oír unos silbidos y, luego, unas horrísonas explosiones.

La niebla se iluminó unos instantes y Ciril se sintió empujado por una onda expansiva. Cayó y se aplastó contra el suelo que comenzó a temblar.

Las explosiones se sucedieron. Ciril se sentía golpeado y hasta mojado por el agua que caía sobre él. Las bombas llovían en cantidad sobre la zona.

Ciril aguardó a que terminara el mortífero chaparrón.

Eran bombas desechadas ya por la tecnología miliciana terrícola pero muy efectivas en cuanto a destrozar edificios y naves no protegidas adecuadamente.

El horrísono bombardeo duró varios minutos, que a Ciril le parecieron siglos.

El calor era infernal y la niebla parecía haberse hecho más impenetrable aún. Había aumentado el vapor de agua, emulsionado con el humo provocado por las explosiones de las bombas.

La temperatura, de diecisiete grados Celsius, había pasado a más de ochenta. De no ser por el traje que llevaba, Ciril se hubiera asfixiado de calor.

Se palpó y comprobó que no estaba herido, aunque su cuerpo había recibido algunos golpes.

Intentó localizar el laboratorio modular de la doctora Inge y Gisela y le fue totalmente imposible; ya no veía ni las luces de su propia cosmonave.

CAPITULO X

El laboratorio modular había sufrido la violencia de las ondas expansivas hasta llegar a volcar. Las dos mujeres gritaron sin que nadie las oyera.

El laboratorio, balanceándose, se desplazó.

Gisela, presa de los nervios, gritó desesperadamente mientras trataba de abrir la puerta que ahora estaba por encima de ella, mas la puerta semejaba soldada al marco.

Los aparatos más delicados no habían volcado porque estaban fijados al módulo de tal forma que no pudieran caerse, utilizándose para ello microelectroimaines activados con la pila atómica que suministraba energía al laboratorio que era autónomo.

—¡Quiero salir, quiero salir! —gritaba.

El laboratorio siguió moviéndose de un lado a otro hasta que volvió a quedar de pie en la posición correcta. Ya no se oía ningún ruido.

Las dos mujeres se miraron entre sí, preocupadas. Gisela, después de los gritos que había dado, sollozó levemente.

—Tranquila, son nervios. No entiendo lo que ha podido suceder.

—Ha sido un infierno, un bombardeo —se lamentó Gisela.

—¿Un bombardeo, de quién, contra quién? No tiene sentido.

—Sí que lo tiene, sí que lo tiene y lo sabremos, si es que ha quedado alguien vivo.

—Seguro que sí. Vamos a ponernos en contacto con los cosmonautas ahora mismo.

Intentó utilizar el intercomunicador sin resultado.

—¿Me oyen, me oyen? —exigía la doctora Inge.

Gisela gateó hacia la puerta. Al llegar a ella, se agarró al pomo, dándose cuenta de que cedía. Estiró con suavidad y algo saltó por encima de ella, obligándola a lanzar un grito de terror.

—¡Goliath!

Quien también gritó, pero en forma muy distinta, fue la doctora Inge.

Cuando Gisela se volvió hacia ella, descubrió al gato vespuciano recibiendo las caricias de la doctora.

—¿Por dónde ha llegado? —se preguntó Gisela todavía temblando de miedo, pues el gato había aparecido saltando por encima de ella.

—Tenía que buscarme, estaba segura, tenía que buscarme...

Gisela se incorporó por un instante. Hizo ademán de acercarse a la doctora Inge, pero luego decidió lo contrario y acabó abriendo la puerta para ver en qué lugar se hallaban.

Parpadeó, incrédula.

Estaba en una sala no muy grande. La luz fría brotaba de círculos blancos adosados a los techos, a las paredes y al propio suelo.

Despacio, cautelosa, como temiendo que sus pies fueran a hundirse en alguna parte, comenzó a avanzar.

En la sala había varios paneles de pilotos luminosos en distintos colores que se encendían y apagaban y varias pantallas que se convertían en millares de pequeños cuadrados luminosos que semejaban parpadear.

Vio una puerta cuyo umbral atravesó, avanzando siempre despacio, temerosa de encontrarse con algo desagradable.

Llegó a una amplia sala en cuyo centro había un cilindro, puesto en vertical sobre una plataforma de metal brillante.

El cilindro de material transparente tendría unos tres metros de altura, quizás más, y el diámetro de la circunferencia base sería de un metro y medio.

Aquel cilindro estaba lleno de un líquido verdoso que se adivinaba espeso y pleno de materia orgánica.

Dentro del líquido, en suspensión, millones de pequeñas partículas que parecían interconectadas entre sí, partículas iridiscentes cuyo color y brillo aumentaban y disminuía por zonas.

Gisela acababa de detenerse frente a aquello cuando una voz que conocía muy bien dijo tras ella:

—El es Xomik.

Gisela se volvió para mirar a la doctora Inge.

—No entiendo lo que quiere decir.

—El es Xomik.

—¿El? ¿Quién?

—El es todo lo que hay dentro de ese cilindro, querida.

—No estará tratando de decirme que esa emulsión es un ser vivo…

—Vivo y con una inteligencia jamás alcanzada por los terrícolas ni por ninguna otra etnia espacial conocida por nosotros.

Gisela volvió a mirar el cilindro que había cambiado las tonalidades y la fuerza de su iridiscencia.

—Sí, querida, él es Xomik. No tiene forma, su forma es la del recipiente que lo contiene. Todo él son neuronas en plena actividad. El no posee células ni neuronas cerebrales cuya misión sea la de mantener un cuerpo orgánico como el nuestro, todo él es inteligencia.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Goliath.

—¿El gato?

—Sí, el gato me ha buscado, él ha sido el intermediario. El gato vespuciano ha servido de puente para que Xomik se pusiera en contacto conmigo.

—Entonces, ¿el gato fue enviado desde aquí?

—Sí, en una minúscula cosmonave que ha cruzado los espacios interestelares. Llegó hasta mí y me transmitió los deseos, las órdenes de Xomik. Goliath no es más que un receptor-transmisor orgánico utilizado por Xomik para comunicarse conmigo.

—Ahora comprendo esa unión tan fuerte entre usted y Goliath.

—Así es. Yo tenía que venir hasta aquí con mi laboratorio y nadie debía saber demasiado. Xomik no podía emplear directamente toda su fuerza telepática, pues corría el riesgo de ser interferido y ha utilizado el cerebro del gato vespuciano como repetidor telepático.

—Pues, parece que efectivamente el gato ha funcionado como tal, pero ¿por qué le pedía que viniera aquí con su laboratorio?

—Xomik está enfermo o herido, aún no lo sabe muy bien, y necesita ayuda, la ayuda de alguien con elevados conocimientos de biología y de biología genética.

—¿No tiene a nadie que lo ayude? ¿está solo en esta nave?

—Había otros seres que le ayudaban, seres muy inferiores a él pero que llevaban a cabo la labor de cuidarle y atenderle, pero estos seres fueron asesinados por la maldita etnia que habita en este planeta, una etnia tan belicosa como primitiva. Su civilización es casi equivalente a la que nuestra civilización terrícola tuvo en el siglo XX. Nos acaban de bombardear con sus aeronaves repletas de bombas.

—¿Y han destruido algo?

—No, sus bombas son potentes pero primitivas. Esta nave es capaz de resistir los bombardeos con su coraza hipermagnética y también la posee la cosmonave en la que hemos llegado a este planeta, pero a los servidores de Xomik los sorprendieron fuera de la nave que ahora flota sobre el lago y los mataron, sí, los mataron cuando el entorno de este lago todavía era un vergel. Ahora, después de tantos ataques que no cesan y de las réplicas de Xomik, los alrededores carecen de vida orgánica.

—¿Todo se lo ha contado Xomik? —preguntó Gisela, mirando con notable recelo aquel cilindro que contenía al ser inteligente más extraño que ella había llegado a conocer, puesto que carecía de forma. Todo él era cerebro y precisaba de seres que cuidasen de su mantenimiento.

—Sí.

—Y si aquí corre tanto peligro, ¿por qué no se va?

—Lo hubiera hecho ya, pero su nave se eleva y desplaza lo mismo aquí que en los espacios cósmicos mediante la fuerza de su inteligencia que se lo ordena.

—¿Quiere decir que esta cosmonave estaba movida por una superinteligencia con poder telecinésico?

—Así es —le respondió la doctora, viendo el asombro reflejado en el bello rostro de Gisela—. Ahora, no puede elevar su nave porque está enfermo, hay que sanarlo y alimentarlo adecuadamente. En la situación en que se encuentra, cada vez pierde más fuerza y llegaría

un momento en que su poder sensitivo no sería suficiente para detectar la llegada del enemigo. Tampoco podría colocar sobre la cosmonave la coraza invisible protectora y acabaría siendo destruido por sus implacables enemigos que son la etnia de este planeta, una etnia odiosa.

—¿Por qué la llama odiosa, si no la conoce?

—Quiere destruir a Xomik.

—No es raro que lo intente, esta nave es una intrusa para ellos.

—No sigas, Gisela. Nosotras somos ahora las fieles servidoras de Xomik, algo así como si nos hubiéramos convertido en sus sacerdotisas.

Gisela la miró atónita. La doctora Inge acariciaba a su recuperado gato que ahora parecía tener unos ojos más somnolientos.

—Un momento, doctora Inge... Y cuando Xomik se reponga y pueda elevar la cosmonave con su fuerza telecinésica, ¿nosotras, qué?

—Nosotras ya no saldremos de aquí. Ya te lo he dicho, seremos sus fieles servidoras. De ahora en adelante viviremos para cuidar a Xomik y que pueda aumentar y conservar todo su poder. Yo investigaré para conseguirlo. Si logro que sus células en emulsión sean cambiantes, Xomik será eterno, inmortal, y nosotras estaremos siempre a su lado.

—Yo no acepto ese destino, rechazo semejante futuro. Yo quiero salir de aquí, volver con los demás terrícolas.

—Ahora que ya has conocido a Xomik, eso es imposible. Te quedarás aquí como mi ayudante. Además, si caigo enferma o me sucede algo, tú continuarás mi obra. Xomik nos necesita y nos premiará con grandes goces mentales.

—Yo no aspiro sólo a tener goces mentales y menos dirigidos por un ser que me da miedo, que me espanta.

La doctora Inge se volvió hacia el cilindro y le habló.

—Gisela necesita pruebas de tu poder. Debes demostrarle que el premio que reciba por su labor será compensatorio.

—Yo no puedo entender que hable usted con esa cosa, doctora Inge.

El aumento del poder iridiscente del contenido del cilindro se hizo patente, eran como fogonazos de luz multicolor.

De pronto, Gisela notó que sus pies no tocaban el suelo. Quiso alargar las piernas para llegar al suelo y agarrarse a él pero no lo consiguió; era la misma sensación que haber perdido la gravedad.

Flotaba o levitaba, que era lo mismo. Comenzó a girar y sus ojos se llenaron de luces.

—¡Doctora Inge, ayúdeme! —gritó—. ¡Ayúdeme!

Flotaba en el espacio y giraba sobre sí misma. Su cerebro se llenó de sombras primero y de luz anaranjada después.

De pronto se sintió como desperezando su hermoso cuerpo en un amplio y mullido lecho que olía a rosas, pero por encima de aquel olor le llegó otro: era olor a hombre.

Buscó con la mirada y descubrió a Ciril. Le veía el torso desnudo, un torso lleno de músculos que se le marcaban poderosos, un torso cubierto de vello que transpiraba masculinidad.

—Ciril, Ciril…

—Gisela, te amo, te amo —susurró él, trepando sobre la cama.

La voz ronca y cálida del hombre se introdujo por sus oídos excitando su cuerpo de tal forma que ya nada le importaba ni molestaba, sólo sentía ansias de gozar.

Cuando Ciril la besó fue cuando Gisela adquirió conciencia de que estaba totalmente desnuda y en sus brazos.

Los labios del hombre despedían fuego y su cuerpo se abrasaba en el goce del amor. El la besaba por todas partes y ella pedía más y más. Se le iba el aliento, los labios le temblaban y era ya incapaz de mantener los ojos abiertos.

—Ciril, ámame, ámame —suplicó casi frenética, incapaz de aguantar más.

Sintió la fuerza del hombre entrando en ella. No había dolor si no un placer casi brutal que la asfixiaba. Se oyó gritar a sí misma, entregada totalmente al juego pasional.

Después, él desapareció y ella quedó exhausta, empapada de sudor.

—¿Cómo te sientes, Gisela?

La voz de la doctora Inge le hizo abrir los ojos de repente como en un brutal despertar. La vio en pie junto a ella, pues Gisela se hallaba tendida en el suelo, extenuada y empapada en un suave sudor.

—No es posible, no es posible —murmuró Gisela.

—Sí lo es, querida. Xomik, con su poder mental, te ha hecho gozar. El ha hurgado en tu cerebro y ha averiguado qué era lo que más había de complacerte y por el aspecto que tienes, no cabe duda de que lo ha conseguido… —terminó riendo.

CAPITULO XI

La espesa, lechosa e impenetrable niebla comenzó a levantarse.

Ciril ya no notaba la desagradable sensación de estar atacado por los electrizantes campos de fuerza.

Era noche cerrada, pero los focos de la Ferm 11-9 estaban encendidos, iluminando en derredor.

Volvió su mirada hacia el lago e iluminada por uno de los focos divisó la extraña cosmonave de Xomik que seguía quieta, inmutable, sin haber sido dañada por el durísimo ataque que hacía el aire todavía irrespirable.

A través de la mirilla de su casco protector, buscó los containers y el laboratorio modular.

—No están…

—Ciril, Ciril, ¿me oyes?

El intercomunicador funcionaba ya sin perturbaciones.

—Herrero, soy Ciril, te capto bien.

—¿Cómo te encuentras?

—Si dijera «perfectamente», mentiría; siento dolores en todo el cuerpo, es como si hubiera recibido una lluvia de piedras.

—Hemos sido bombardeados por una escuadrilla aérea.

—Eso he supuesto. ¿Qué sabéis de las mujeres?

—Nada, no están.

—¿Cómo es posible que hayan desaparecido? ¿Habéis notado que algo saliera de esa nave que flota en las aguas?

—No, no hemos notado nada, pero hubiera sido imposible captarlo. Los campos de fuerza están colocados y teníamos grandes alteraciones en los telesensores.

—Pues, habrá que averiguarlo. Si ellas están en esa nave, tendrán que regresar.

Intervino de nuevo la voz de Owo para advertir:

—A tu derecha, tras una roca, asoman unas botas.

—¿Unas botas?

—Sí, eso parece —ratificó Owo.

Ciril preparó su pistola, dispuesto a dispararla, mientras avanzaba hacia la roca que acababan de señalarle. Lo primero que vio fueron las botas y al descubrir el resto, exclamó:

—¡No es posible!

—¿Lo has visto, Ciril? —preguntó Owo desde la cosmonave Ferm 11-9.

—Es Rugan.

—¿Muerto?

—No os lo vais a creer, pero Rugan no es un ser orgánico vivo.

Owo, excitado, inquirió:

—¿Un androide biónico?

—Eso parece —respondió Ciril mirando al que hasta aquel momento había creído un ser humano terrícola semejante a él y que no era más que una perfectísima máquina bioelectrónica construida por una mente inteligente.

El bombardeo le había afectado; le faltaban pedazos de su piel artificial y asomaban los cables y transistores.

—Tagar, ¿me oyes?

—Sí.

—Tráete unas parihuelas. Entraremos a Rugan en la cosmonave, tengo una idea que deseo poner en práctica.

No pasaron muchos minutos antes de que Rugan fuera colocado en unas parihuelas. Con unas correas sujetaron su cuerpo y, al elevarlo, comenzó a hablar.

—¿Qué hacéis? ¡Soltadme!

—Vaya, se ha despertado —rezongó Tagar dándole una mirada.

—No es que se haya despertado —le corrigió Ciril—. Debemos haberlo movido lo suficiente como para que algún cable desempalmado haya hecho contacto.

—Soy Rugan. Los containers tienen que entregarse a Xomik… Soy Rugan, los containers tienen que entregarse a Xomik…

—Este androide se está poniendo pesado —gruñó Tagar—. ¿Dónde crees que tendrá el botón para desconectarlo, en el pito?

—Pronto lo averiguaremos —respondió Ciril.

—Soy Rugan, tengo que entregar los containers a Xomik.

—Este trasto está más averiado que un disco rayado de antes de la Tercera guerra mundial.

Lo colocaron sobre una camilla rodante y allí quedó igualmente sujeto. Los terrícolas le rodearon, pensativos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Mohamed.

—Owo, ¿crees que podremos sacarle lo que tiene en la memoria?

—Podemos establecer un puente desde su memoria a nuestra computadora Snoopy y a través de ella podemos sonsacarle a preguntas que el ordenador irá respondiendo.

—Me parece una magnífica idea extraerle la memoria a través de nuestra computadora central —aprobó Ciril.

Owo, más cauto, objetó:

—Existe un peligro.

—¿Cuál? —quiso saber Ciril.

Todos miraron a Owo; después de Srother, él era el mejor

técnico en electrónica.

—Que su mente artificial se apodere de Snoopy y desde nuestra computadora central nos controle y maneje a todos. Ignoramos el poder de su mente biónica y, si se apoderase de Snoopy, manejaría la cosmonave. ¿Os dais cuenta de lo que eso significa?

Ciril permaneció unos instantes pensativo, como valorando las circunstancias. Al fin, decidió:

—Pon en marcha la operación trasplante de memoria biónica. Quiero interrogar a este androide llamado Rugan.

Herrero llamó inútilmente a la nave que flotaba en el lago sin que ésta diera respuesta alguna.

Mientras, Owo, ayudado por el propio Ciril, operó en el androide que de vez en cuando, según hacían contacto sus sistemas bioelectrónicos algo deteriorados por el bombardeo, se ponía a hablar, mas sólo en una ocasión pareció coordinar perfectamente.

—Soltadme, estúpidos terrícolas. Sois seres inferiores y os destruiré a todos. No me importa desaparecer, pero antes tengo que comprobar datos, tengo que comprobar datos…

—¿Qué te parece, Ciril? —inquirió Owo.

—Lo más sensato es desconectarlo —y apartó un cable de contactos.

Owo trabajó intensamente; los minutos fueron transcurriendo.

Al fin, no menos de dos docenas de larguísimos cables multicolores pasaron del cuerpo del androide Rugan a la instalación de la computadora central de la cosmonave Ferm 11-9.

—Snoopy, te voy a conectar al androide Rugan para sonsacar su memoria —le advirtió Ciril frente al teclado de órdenes y terminal de datos.

La voz de la computadora respondió:

—Es peligroso, corro el riesgo de bloquearme. Es peligroso, no es una operación correcta, debe desestimarse.

—Comprendo que tengas miedo de que un extraño androide se meta en tu intimidad, Snoopy, pero necesito interrogarlo. Sólo serán unos minutos, luego lo desactivaremos.

—No es correcto, no es correcto.

Ciril desconectó la voz de Snoopy y miró a Owo. Este asintió con la cabeza.

—Listos, ya veremos qué pasa. Espero que no falle nada, pero, por si acaso, estaré cerca y arrancaré los cables.

Ciril tecleó iniciando su interrogatorio.

—¿Quién eres?

—Soy Rugan.

—¿Quién es tu amo? —preguntó Ciril utilizando al computador central para interrogar al androide, de forma que éste quedaba dominado y no podía negarse a contestar.

Su memoria era violada por la intervención de Snoopy mientras que la voz de la computadora central quedaba anulada.

—Xomik.

Ciril no quedó contento con aquella respuesta que también salió escrita en la pantalla terminal de datos.

—Rugan, ¿quién es tu amo?

—Xomik.

—No creo que un androide sea capaz de mentir, a menos que esté programado para ello —opinó Owo.

—¿Cuál es tu misión?

—Viajar al planeta Tierra para conseguir cargas.

—¿Qué tipo de cargas? —inquirió Ciril.

El androide Rugan, que continuaba atado y conectado, volvió a responder:

—Cargas de hidrógeno nuclear superactivado.

—¿Dentro de los containers hay bombas de hidrógeno de hiperpotencia? —brincó Ciril.

—Así es, bombas capaces de destruir un planeta.

—Pero, ¿por qué, para qué?

—Xomik quiere castigar este planeta destruyéndolo porque él ha sido atacado.

—¿Dónde están los containers ahora?

—No lo sé.

—¿Y el laboratorio modular con las dos mujeres terrícolas?

—No lo sé.

—¿Quién es Xomik?

—El amo de las galaxias.

—¿De qué planeta viene?

—De ninguna parte. Flota en el espacio, viaja de una galaxia a otra gracias a su inmenso poder.

—¿Te envió a la Tierra para comprar los containers con las bombas dentro?

—Sí.

—¿Cómo viajaste al planeta Tierra?

—En una pequeña nave que pasó desapercibida. No tenía más de dos metros de largo por uno de ancho.

—¿Fuiste tú solo, Rugan?

—No, el gato vespuciano venía conmigo.

—¿El gato?

—Sí, el gato vespuciano.

—¿El gato también es de Xomik?

—Sí.

—¿Es artificial como tú?

—No, el gato es orgánico, tiene vida propia.

—¿Quién mató a Srother?

—Rugan.

—¿Por qué?

—Tuve que hacerlo, me había descubierto. Yo recibía constantemente órdenes de Xomik y Xomik hablaba muchas veces por mí. Srother construyó un aparato que captó las interferencias, las purificó y se dio cuenta de que lo que yo decía era lo que él recibía. Xomik ordenó su muerte utilizando una garra de acero que tuve que fabricar con gruesos alambres de metal afilado.

—¿Para culpar al gato?

—Sí. El gato se escondió, Xomik se lo ordenó para crear confusión.

—De modo que ese Xomik es muy astuto.

Rugan respondió:

—Xomik es la suprema inteligencia.

—Tú no eres realmente el que contesta, ¿verdad? Lo hace Xomik a través de tu memoria.

—Negativo.

—Supongo que pretendes confundirnos. Dime, ¿por qué mataste a Sal?

—Estaba abriendo un container. Utilicé un arma paralizante y, cuando había caído, lo maté con la garra.

—Ahora se comprende todo. Un androide carece de sentimientos y puede asesinar sin demostrar malestar o afectación, impunemente. Tú sólo cumples órdenes.

—Rugan sólo cumple órdenes—. De pronto, el androide se echó a reír y todos quedaron perplejos.

Ciril preguntó a Owo:

—¿Ha habido algún cortacircuito?

—Terrícolas, sois unos estúpidos. Habéis querido averiguarlo todo y ya conocéis las respuestas, lástima que no os va a servir de nada.

Todos comprendieron que en aquella ocasión la respuesta no procedía de Rugan si no del mismísimo Xomik que había hablado a través de su muñeco biónico.

Ciril inquirió:

—¿Por qué crees que somos estúpidos?

—De nada os ha servido averiguar que Rugan es un androide.

—¿Por qué no ha de servirnos?

—Porque dentro de veinte segundos estallará la bomba que acabo de activar.

—¿Qué bomba? —preguntó Ciril, tecleando apresuradamente.

La respuesta de Xomik volvió a llegar a través de la boca del androide.

—La mitad del cuerpo de Rugan es una bomba, estaba previsto que así fuera. Fue creado para destruir la cosmonave terrícola que lo trajera aquí, él ya ha cumplido su misión. Ha traído las bombas hipernucleares de hidrógeno que han sido depositadas en el fondo de este lago que no es más que un cráter de un volcán extinto que se ha llenado de agua, siete mil doscientos metros tiene de profundidad. Cuando las bombas estallen, todo el planeta reventará, nada vivo quedará aquí.

Aterrorizados, todos miraron a Rugan que era una bomba, una bomba que iba a estallar de un instante a otro y luego a Ciril.

—¿Qué se podía hacer?

CAPITULO XII

Ciril sabía que la situación era extrema y decidió probar suerte.

Cambió las órdenes y a través del ordenador central tecleó:

—Descarga negativa. Anulación de la memoria accesoria, borrado a cero y fuerte descarga al terminal de enlace.

Rugan abrió la boca de golpe y de ella escapó una especie de extraño rugido.

Owo inquirió:

—¿Qué hago ahora?

—¡Desconecta el núcleo energético, en seguida!

Owo metió las manos en el cuerpo del androide.

Saltaron infinidad de chispazos, mas luego todo quedó totalmente quieto, roto, silencioso. Nadie se atrevía a preguntar nada. Sólo Mohamed, que estaba cerca, inquirió con un hilo de voz:

—¿Se habrá desactivado la bomba?

* * *

Gisela, que se hallaba frente al cilindro que contenía a Xomik, vio cómo éste se iluminaba bruscamente.

Después, la emulsión verdosa comenzó a agitarse como si hubieran puesto una batidora dentro.

Ella misma sintió un intenso dolor craneal, parecía que sus oídos fueran a estallar y, sin embargo, no oía nada.

Algo muy desagradable estaba ocurriendo allí. Era como si Xomik acabara de recibir una fuerte descarga de energía, un teleelectroshock que lo había confundido completamente.

Corrió al laboratorio modular y al abrir la puerta de éste, lo primero que vio fue al gato vespuciano revolcándose por el suelo mientras maullaba desesperadamente.

El hermoso animal no parecía soportar el dolor de su amo, que utilizaba su pequeño cerebro para intercomunicarse.

La doctora Inge también se taponaba los oídos con las manos. Su rostro expresaba un terrible dolor, un dolor inaguantable que la transformaba.

Era una energía que no podían ver pero que les dañaba, una energía que no movía nada pero que aplastaba sus cerebros.

Gisela se tambaleó, estuvo a punto de caer. Derribó unos frascos y luego quedó quieta.

El cerebro dejó de dolerle, el mal había pasado completamente. Miró a Goliath y le descubrió en el suelo, yerto. Miró después a la doctora Inge, que tenía aspecto de gran fatiga.

—¿Qué pasa, dónde estamos?

—En la nave de Xomik, doctora, en la nave de Xomik.

—¿Xomik?

Gisela comprendió que la doctora había estado controlada a través del cerebro del gato que se había mantenido siempre cerca de ella para dominarla.

Ahora era libre, pero se hallaba confundida, sin recordar nada, quizás fuera una amnesia transitoria.

—Hemos de salir de aquí, doctora Inge, hemos de salir de aquí.

—¡El gato, el gato Goliath!

—El gato ha muerto, doctora, ha muerto, salgamos de aquí.

—¿Goliath ha muerto?

—Sí, no ha podido soportar la energía que Xomik ha perdido.

—No entiendo nada...

—Ya lo entenderá, ahora hay que salir de aquí cuanto antes.

Gisela apartó con el pie el cadáver del gato y salió del laboratorio llevando de la mano a la doctora Inge que parecía como una niña perdida. Lo miraba todo con ojos nuevos, ojos de profunda extrañeza.

—Gisela, no recuerdo nada, nada...

—No se preocupe, doctora, será una amnesia pasajera. No se preocupe y venga conmigo.

Llegaron a la sala del cilindro que contenía a Xomik.

Las luces iridiscentes estaban mucho más apagadas. Desde la computadora Snoopy y a través del androide Rugan, le habían enviado una descarga de energía que resultó fatal para él.

Por otra parte, Xomik estaba ya afectado, carecía de la fuerza que normalmente poseía. Estando en baja forma, enfermo, la descarga negativa enviada por Ciril había sido fulminante y su debilidad resultaba más evidente.

—¿Dónde estará la salida, dónde? —se preguntó Gisela casi a gritos.

Recordó el laboratorio modular y dedujo que la puerta no, podía estar lejos de él.

Regresaron junto a él y después de correr de un lado a otro, pegándose a la pared, hallaron un resorte que abrió automáticamente una puerta.

Entonces vieron las siniestras aguas del lago. Un nuevo día amanecía en el planeta Kramon.

—¡Ciril!, ¡Ciril ¿Me oyes? —gritó a través del intercomunicador de pulsera. Se hallaba al aire libre y el campo de fuerza de la nave de Xomik ya no interfería.

—¡Gisela, te oigo!

—¡Venid a rescatarnos, venid!

Al poco, salía Ciril en un aerodeslizador que se desplazó sobre las aguas del lago hasta llegar a la puerta de la nave de Xomik.

—¡Saltad adentro, hay que despegar de inmediato!

—En el interior de la nave está Xomik.

—Lo imagino, pero hay que escapar de aquí cuanto antes.

Una voz brotó procedente de la cosmonave, era la voz de Xomik que debía transformarse en audible gracias al equipo que él poseía.

—Vuelvo a ser fuerte. Os dominaré a todos, os aplastaré como a este inmundo planeta. Todos mis enemigos serán exterminados.

La cosmonave comenzó a elevarse al tiempo que se cerraba la puerta. Tuvieron el tiempo justo para saltar a bordo del aerodeslizador.

—¡Hay qué escapar de aquí rápidamente! —apremió Ciril.

La cosmonave intentó despegar del lago.

Xomik empleaba toda su energía mental para huir, pero su nave no se elevaba más de unos palmos y volvía a caer sobre las aguas.

Xomik lo intentó una y otra vez… La cosmonave daba una pobre impresión, era algo que ya carecía de poder suficiente para elevarse.

Penetraron en la Ferm 11-9 y las compuertas se cerraron casi de inmediato.

Ciril corrió al puesto de mando y gritó:

—¡Vamos a despegar!

—Hemos echado fuera el cuerpo del androide por si acaso —le dijo Tagar.

—Bien hecho, no sabemos cuándo pueden empezar a estallar los containers.

Herrero gruñó:

—La cosmonave de Xomik trata inútilmente de escapar, ya le es imposible.

—¡Vámonos! Cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero... ¡fuego!

Los motores de la Fer 11-9 entraron en ignición y la cosmonave comenzó a elevarse en medio de un inusitado fragor, fundiendo hasta las piedras que quedaban bajo ella.

Desapareció en el cielo cuando una gran llama blanca brotó en el cráter del volcán extinto.

Una densa, una grandiosa nube de vapor a altísimas temperaturas rodeó la llama de fuego y la nave de Xomik se fundió segundos antes de que el planeta Kramon comenzara a resquebrajarse y el fuego escapó por entre sus montañas que se desgajaban unas de otras.

Cuando la cosmonave terrícola se alejaba en el espacio, pudieron ver al planeta Kramon convertido en una bola de fuego, con un volumen diez mil veces superior al que tenía poco antes.

Toda la vida que pudiera existir en él había desaparecido, aquél era el Apocalipsis del planeta.

—Hemos salido de ésta por milagro —suspiró Tagar.

—Por lo menos, no vais a poder decir que haya sido un viaje aburrido —objetó Ciril conectando el piloto automático.

—No entiendo nada —repetía la doctora Inge, mientras Gisela le decía con cariño:

—Paciencia, doctora Inge, es amnesia temporal, ya recordará.

—Sólo recuerdo que tenía un gato y ya no lo tengo. ¿Dónde está Goliath?

—Ya le buscaremos otro gato, doctora —le dijo Ciril. Cogió a Gisela por el brazo añadiendo—: Ahora tengo unos asuntillos que hablar contigo, el viaje de regreso será más largo.

Gisela miró los ojos chispeantes del hombre y sonrió. ¿Iba a ocurrir lo que le hiciera imaginar Xomik con su poder mental? Deseó que así fuera, pero dejó que fuera el hombre quien llevara la iniciativa. Como él había dicho, tiempo no les iba a faltar.

—¿Qué vas a contarme, Ciril? —preguntó ella con voz muy suave.

—Un sueño que he tenido.

—Pues, a ver si coincide con el mío —respondió, echándose a reír con picardía.

FIN